AÑO XXXIV — Nº 1672 EL DIA MONTEVIDEO, ENERO 31 DE 1965
Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

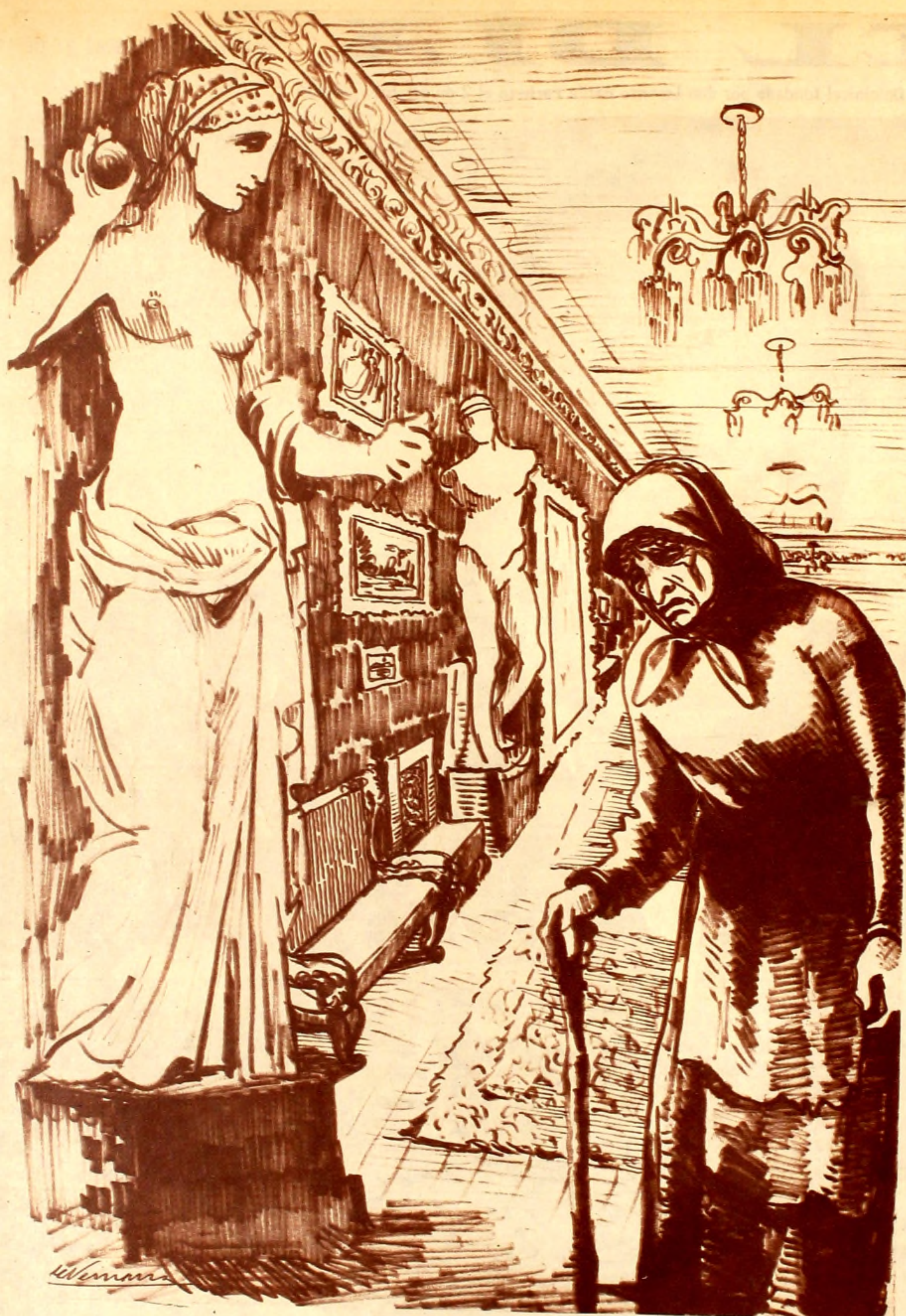


Sir Winston Churchill

"Demos gracias por haberlo conocido. Con nuestra pena, agradezcámosle la vida que vivió tan intensamente, sus servicios tan espléndidos, por la alegría que nos dio, por la alegría en que vivió y por todo lo que hizo..."

(Palabras del presidente de EE. UU. Lyndon B. Johnson)

MIRADOR



DIBUJO DE VERNAZZA

LA CASA DE HUMBOLDT

AL norte de Berlín, cerca de un lago, está la casa de los Humboldt. Fue un puesto de caza que se ensanchó para convertirlo en noble casa de campo —llamarla castillo o palacio sería excesivo—. Una buena parte del bosque se transformó en jardín inglés. O para mayor exactitud: en una profunda perspectiva de verdura, en un prado que encuadra el bosque. Al fondo, el cementerio familiar. Quien mira desde la ventana al jardín y al bosque, acaba descubriendo, a la distancia, una alta columna de mármol rojo que remata en una pequeña estatua, un tanto confundida con el bosque. Este mismo disimulo, atrae. Es la columna del cementerio. Al pie, cuando se llega a ese extremo, están alineadas en cuatro filas las tumbas de los Bulow y de los Humboldt. Son trece recuerdos de la muerte, en un jardín de piedras. No hay una cruz. Cada nombre está brevemente seguido de las fechas. Todos, allí, son iguales, más de lo que lo fueron en torno a la mesa familiar. Ni la más breve referencia a ninguna gloria. Sólo el ruido de las ramas cuando las mueve el aire.

Aunque Alejandro Humboldt no vivió en esta casa sino parte de su vida —su obra sobre América la escribió en París, su vejez transcurrió en las cortes— esta es su casa. Aunque los alemanes recuerdan más a Guillermo —el gran reformador de las universidades, el sabio universal— y Guillermo compartió con Alejandro esta casa, la casa recuerda más a Alejandro. Y para nosotros, es un pedazo de América. Lo primero que se ve en el salón de entrada, entre los estantes de la librería, es el pergamino que firma Benito Juárez, declarando a Humboldt benemérito de México. En la pared, una gran pintura al óleo. Es un paisaje del Ecuador, en que dominan las nieves del Chimborazo, y, al pie, la entrada de una choza, un indio que ofrece unas plantas al sabio aventurero que le ha conquistado con su amistad. El sabio, Humboldt. En los anaqueles se conservan las primeras ediciones de los libros sobre la Nueva España, sobre las regiones equinocciales, sobre la isla de Cuba: los libros que Humboldt escribió para redescubrir a América. Hay un viejo grabado del sabio en que aparece con la selva al fondo, y en las manos unas flores: es su estampa a orillas del Orinoco.

Las salas, que no son muchas, ni lujosas —sorpren[...] le desnuda sencillez— están decoradas con reproduccio[...] en yeso de obras maestras de la estatuaria griega. Con [...] yesos, había mármoles originales muy valiosos. Los m[...]moles se los llevaron los rusos y están en sus muse[...] Después de todo, esas piedras, y estos yesos, sólo sirv[...] para dar las dimensiones universales de los personajes. [...] realidad, en estas salas, viendo desde la ventana el parq[...] inglés; o caminando por un sendero que está sombrea[...] por árboles que tendrán treinta metros de altura, bajo [...] luz que cae tamizada, tocada del verde de las hojas, quiz[...] unas veces hundiendo las pisadas en la nieve, o sintien[...] el ruido de las hojas que dora y tumba el otoño, Humbol[...] pensaba en los Andes y en el Orinoco, en México y [...] Santa Fe de Bogotá. Iba al Asia, iba a Rusia, atravesa[...] a Europa, y de vuelta recordaba a los naturalistas [...] América, pensaba en las minas de platino, en las quina[...] en la flor que le enseñó una vez Bougainville, y que [...] hizo cruzar el Atlántico para quedar cautivo del Nuev[...] Mundo.

Todavía la casa es de los Humboldt, y es nuestr[...] Aún viven en la planta alta miembros de la familia, y ha[...] un calor humano que le borra el contorno erudito a l[...] dibujos. Se sale de la casa, que parece muy lejos de Be[...]lín, fuera de todo lo que son los recuerdos de las guerr[...] y los horrores de la paz, y la vieja campesina que camin[...] apoyada en un bastón, de medias de lana y arrugas d[...] pergamino, se nos antoja una estampa de los tiempos d[...] viejo Humboldt casi centenario que, por estos mismos co[...]tornos, pasaría pensando en nuestro Nuevo Mundo.

FRANCIA, LAS ARMAS Y LA ESCUELA

EL presupuesto que ha presentado el gobierno de Franci[...] al Parlamento, y que ahora se discute, tiene alguna[...] características que conviene destacar en la América Latina[...] Para ser breves: el presupuesto de los gastos militares s[...] reduce y se aumenta el de educación. Francia es una potencia militar, su historia es la de las guerras internacio[...]nales, surge después de las dos hecatombes de este sigl[...] que han superado en destrucción a cuanto pudieron imagi[...]nar los hombres. Se propone crear defensas que la haga[...] invulnerable, tiene al frente del poder a un general, y su[...] ejército no es precisamente decorativo. Dentro de este cua[...]dro, con obligaciones militares que en manera alguna des[...]cuida el gobierno, para la educación nacional se destina e[...] 17 por ciento del presupuesto, y el presupuesto de guerr[...] se coloca por debajo del ritmo de crecimiento nacional.

El Ministro de Hacienda explica así los rasgos de[...] nuevo presupuesto: "Si globalmente hay un aumento de[...] menos del siete por ciento en el presupuesto, los gastos[...] para el servicio civil se han aumentado en un 10 %. A la[...] inversa, el presupuesto militar apenas ha subido en un[...] 5 %, y su porcentaje, dentro del presupuesto general, es e[...] más débil que Francia haya conocido en el pasado, con la[...] sola excepción del año 1926".

"Por el contrario —agrega el ministro— el presupuesto para la educación nacional alcanza al 17 %, cosa[...] que no tiene precedentes... En 1958 el porcentaje era[...] del 9,72 %; que ha ido subiendo progresivamente al 13,9[...] en 1963, al 15,9 en 1964, y ahora al 17. Debo agregar[...] que si a este porcentaje se suma la parte inscrita en gastos comunes para educación nacional y pensiones a los[...] maestros, el porcentaje se eleva al 19,4 %".

La enseñanza que se desprende de estas cifras, comparándolas con los presupuestos latinoamericanos —donde sólo en México, el Uruguay y Costa Rica se gasta más en la educación que en las armas—, explica el drama a que asistimos en América. Lo irritante de la pendiente por donde vamos precipitándonos está en la comparación de las circunstancias militares entre Francia y la América Latina. Entre nosotros no hay la posibilidad ni física ni moral de una guerra internacional, no existe razón alguna que justifique hacerle el juego a los vendedores de armas comprando portaaviones, acorazados, cañones de largo alcance, aviones de propulsión a chorro, etc., armas para la guerra internacional. La sola supresión de estas armas, cuya adquisición no hay militar que pueda seriamente defender, traería un alivio en los gastos públicos suficiente para hacer escuelas sin que nos pasara por la imaginación el que nos las regalaran. Ha faltado el coraje de un debate franco sobre estos temas, como cuestión previa a todo plan de recuperación de nuestra América.

Es cierto que la intervención de Fidel Castro en las guerrillas de ciertos países justifica hoy el que no se adelante una política más radical en la reducción del ejército a los límites que impone el decoro mismo de la institución armada. Pero al menos la supresión de lo que obviamente es innecesario, nos permitiría tomar en cuenta un ejemplo tan impresionante como el que nos señala el presupuesto francés.

Germán ***ARCINIEGAS***

(Exclusivo para EL DIA)

CUANDO GABRIELA MISTRAL LLEGO POR PRIMERA VEZ A MONTEVIDEO

CLARA, maravillosa mañana aquella del 31 de enero, cuando aparecía atracado al muelle, en nuestro puerto, el vapor "Oropesa", con el que retornaba a su país la que había de transformarse en una gloria purísima de América, y que- era ya extraordinaria poetisa y notable maestra: Gabriela Mistral.

A sólo dos años de aparecer su libro en verso y prosa "Desolación", vivía en plena fama.

Nosotros habíamos atravesado la dársena apresuradamente, pues eran las 9 horas y había publicado la víspera una citación, pidiendo a los admiradores que la esperaran al pie de la escala del "Oropesa", pues estaba convenido de antemano que Gabriela Mistral descendería del vapor a las 10 en punto. El barco arribó de madrugada. Calculábamos nosotros disponer de una hora para celebrar la entrevista.

No sin dar vueltas y tropezones por las cubiertas del "Oropesa", conseguimos encontrar un comedor que estaba en penumbra. Repuestos los ojos del cambio de ambiente (afuera se había hecho deslumbrante el aire de la mañana), descubrimos a la Mistral, que hablaba con otro bello espíritu: Luisa Luisi, poetisa como ella y como ella maestra. (¡Cuán injustamente hemos olvidado a la autora de "Poemas de la Inmovilidad" e "Inquietud"!).

Pero hablemos de Gabriela. Mirándola nos impresionaba lo sobrio de su indumentaria. Una gasa azul, puesta sin coquetería, para sujetar los cabellos, y un vestido de punto, en dos piezas, color arena, tan abundante de género, tan holgado, que tenía algo de hábito monjil. Pero con todo, Gabriela Mistral acusaba una elegante personalidad, irradiaba encanto, esplendía. Ahora "los intelectuales" llaman "sentimentalina" a lo que antes, aun los maestros, llamaban sentimiento. No se ha de extrañar el tono de nuestras frases cálidas de entonces, máxime si se nos recuerda treintañeros:

"Nos da una mano pequeña y atezada por las brisas. Pulida sin pulimento. Augural como una paloma y cálida tal un corazón. Mano efusiva y solícita que parece conservar el calor de todas las manos que estrecharon. Gabriela Mistral empieza a hablar y los nobles ojos envían una mirada dulce, como un regalo. Sigue discurriendo y las largas pestañas se pliegan como si subrayasen las afirmaciones, dichas con lentitud y unción".

No encontramos mejor modo de justificar el tono de nuestra apología que reproducir frases de los párrafos puestos por un gran poeta chileno, Pedro Prado, en el pórtico de "Desolación". Esto respecto a los ojos: "Cuencas llenas de agua que la noche roba a las estrellas; ojos claros, azules, verdes y grises, sus pupilas brillan con el suave fulgor de un constante amanecer".

Por la voz de Gabriela, había escrito el poeta: "Su dulzura a nadie le es desconocida: en alguna parte créese haberla escuchado pues, como a una amiga, al oírla, se le sonríe. Por fin, es el encomio de la figura: "La reconoceréis por la nobleza que despierta". Y ésto que fue escrito con devoción: "No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez".

Confesamos que al ir a verla, ya estábamos influenciados por los elogios que a Gabriela se le hubieron de tejer en Chile en seguida de la aparición de su fuerte libro. "Desolación" se imprimió en Santiago, el año 1923, siendo costeado por la Universidad de Columbia, que tenía al salmantino Federico de Onix al frente de un Instituto exclusivamente dedicado a las letras de España y repúblicas americanas de origen español.

Lucila Godoy, que éste era el nombre familiar de la eminente chilena, había florecido en belleza espiritual y física allá en su país, en medio de fuertes talentos, que la rodearon como a una hermana excelsa: Pedro Prado, Eduardo Barrios, Rafael Heliodoro Valle, Armando Donoso, Arturo Torres Rioseco...

Al rato de estar frente a Gabriela Mistral ya se había establecido entre nosotros — con los buenos oficios de la muy fina Luisa Luisi — una corriente de simpatía. Hubo un momento propicio, en que, jóvenes y caballeros, volcamos nuestra impresión en un piropo encendido, lo que sirvió para que la viajera descubriese un encanto más, al acentuar su ténue canturreo de chilena:

—¡Ia, ia!... ¡No me abanique, no me abanique...!

No decía ya, sino "ia". Y lo de *abanicar*, tan gráfico, era por lo que hubiese de ponderación en nuestra frase galante.

Todo resultaba digno en ella, se mostraba tan sencilla. Constituía una augusta figura, llena de unción y como nimbada de santidad laica, esa mística que aparece trasuntada en "Los sonetos de la muerte", reflejo de su dramática frustración en el amor y la maternidad.

La escena se hizo más movida al entrar otros admiradores, entre ellos el poeta Carlos Sabat Ercasty, que empezaba a perfilarse como ese gran lírico que es hoy.

Gabriela Mistral aprovechó para pedirle a los presentes que la acompañaran a tomar el desayuno. No había tomado nada todavía, olvidada de la hora con la conversación. Sólo uno de los recién llegados aceptó un café. Pero a ella le sirvieron lo mismo que había tomado en toda la travesía. Con sus manos euritmicas, casi tan de prodigio como las de Dora Isella Russell, que habrían podido copiar los grandes imagineros españoles, tal el Salcillo de los Cristos y las Dolorosas, se puso a mondar graciosamente una naranja. Y luego le trajeron un panqueque (ella decía filloa), que se llevó a la boca en muy pequeños trozos, que impregnaba de miel.

*

De las declaraciones que nos hizo Gabriela Mistral, ésto es lo que tiene mayor importancia:

Con sus 36 años lozanos y triunfales, nosotros descontábamos para Gabriela Mistral una dilatada vida gloriosa. Hasta la entrevimos centenaria y venerada, en una ceremonia en que habrían de ceñirle una corona de laurel. El temperamento era delicado, pero la contextura física aparecía muy recia. Por algo había podido recorrer lugares abruptos de México (y lo mismo en Chile) a lomo de caballo. Había una cosa telúrica, bien americana, muy fuerte, en Gabriela Mistral. Era, aun con su extraño injerto indio y vascongado, bien un fruto de su tierra. ¡Y qué valiente! Venía horrorizada de Europa, donde bajo Mussolini, se envenenaba a la infancia y la juventud con doctrinas horrendas, que serían superadas luego en la Alemania de Hitler. Se fue a Suiza sólo para encontrar a Romain Rolland, el gran pacifista, a quien no se le dejaba residir en Francia. Venía con una gran devoción para el Rolland apóstol:

—Hay que luchar — nos dijo — para que en América no se propague esa peste que he conocido en el Viejo Mundo.



Gabriela Mistral, desbordando lozanía, desembarca en Montevideo en 1925, luego de una gira por Europa, rodeada en el puerto por sus admiradores. A su lado, dos poetas: Luisa Luisi y Carlos Sabat Ercasty.

—Tengo una escuela en Chile y otra en México. No sé por cual optaré ahora. En México he viajado en ferrocarril, en auto, a caballo, buscando todas las escuelas, a fin de explicar, y generalizar, como *misionera* el plan de enseñanza del Ministro José Vasconcellos, que cuesta mucho hacer comprender y que puede redimir de la ignorancia, en corto plazo, a ese gran pueblo que es el pueblo mexicano.

¿Cómo no iba a aparecer fuerte Gabriela Mistral entonces, con aquella vida enérgica de fecunda actividad al aire libre, vida de afanes puros, con la satisfacción de la lucha por causa tan digna como la de la enseñanza...?

Ella lo dijo bien en el prólogo de un pequeño volumen que le hizo la "Editorial Cervantes" de Barcelona, dentro de la serie "Las mejores poesías de los mejores poetas", cuando nosotros representábamos a esa impresora en América, y le conseguimos originales de Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y la ya citada Luisa Luisi, aparte de trabajos en prosa de Florencio Sánchez, Eduardo Barrios, Benito Lynch, etc.

"Mi pequeña obra — expresa Gabriela Mistral en el tomito — es un poco chilena por la sobriedad y la rudeza. Nunca resultó un fin la literatura en mi vida. Lo que he hecho es enseñar y vivir entre mis niñas. Muchas han sido ya las escuelas en que me he desenvuelto, desde Santiago al Estrecho de Magallanes".

En esa mañana de 1925, para EL DIA nos hizo esta confesión ardiente:

—Quiero ahora descansar de mis clases y vivir en el campo, leyendo y escribiendo. Vengo de campesinos y soy uno de ellos. Que no me saque nadie de ese medio, sea aquí o en México. Mis grandes amores son mi fe, la tierra y la poesía.

Aunque sin multitudes, la recepción que le hicimos a Gabriela Mistral hace 40 años, fue cordial y elocuente. Tenemos la carta que nos dirigió desde Santiago, con fecha 20 de febrero de ese año 1925. Concluye así: "Diga a los amigos uruguayos cuán obligada, cuán *ganada* me dejaron para esa república".

El gobierno chileno hizo un gran mal a la Mistral no dejando que cumpliera sus propósitos humildes. Bien se ha dicho que "hay cariños que matan". En vez de la paz campesina, le dieron para habitar las ciudades más densas y "civilizadas", a ella que se sentía cómoda con una escuelita rural y "sus niñas". Y un block en blanco para llenarlo de cosas bellas. Le dijeron que había nacido para "más altos destinos". Y le asignaron un puesto expectable, que jamás hubiera pedido: representante de Chile en el Instituto de Cooperación Intelectual. Le venía ancho. Empezaba a enfermarse. Y de cargo en cargo, aburrida y desarraigada, ancló en un Consulado. Todo le iba mal a la "despaissé", desde la vida convencional a los alimentos de lata y las salsas tóxicas de los hoteles.

De ser parlera con "sus niñas", pasó a ser reservada con los diplomáticos. Se aburría nostálgica. Está anotada esta frase por quien fuera secretaria y confidente:

—He terminado esta jornada sin cambiar una sola palabra con nadie.

En suma: siquis reprimida y soma intoxicado. Consecuencia, el terrible mal que le hizo cerrar los bellos ojos cambiantes (cantados por Prado), en el Hospital de Hempatead, el 10 de enero de 1957, doce años después de haber obtenido algo con lo que nunca soñó: el Premio Nóbel. Madre Naturaleza la había dejado de su mano. Era su castigo, por abandonar el regazo de la tierra americana. Menos mal que ella tenía una idea poética del "desnacer":

Tal vez morir sólo sea
ir con asombro marchando
entre rumor de hojas secas
....

De Gabriela Mistral había dicho Alfonso Reyes: "¿Qué latido de América no pasó por su corazón?". Bella frase que pudo ponerse en su tumba, bajo el nombre esclarecido.

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)

EL TURISMO Y LOS GRANDES

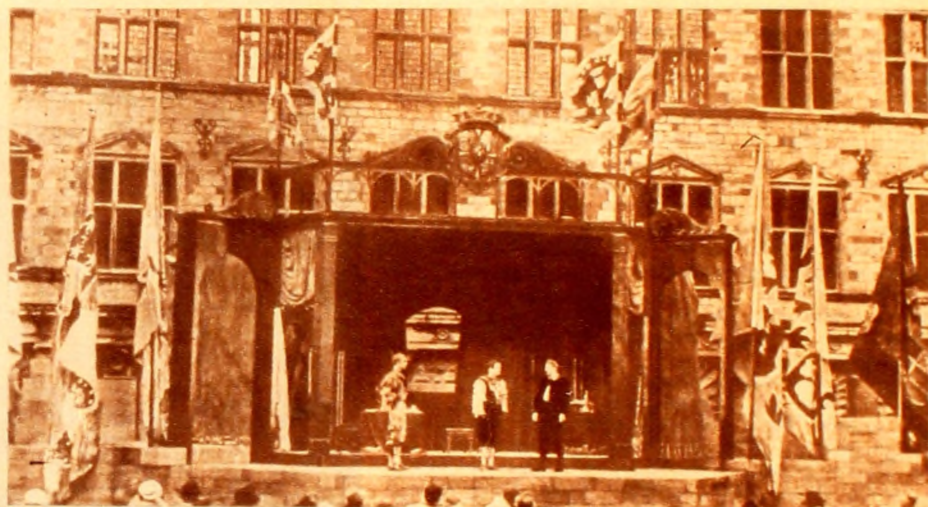
AUNQUE el tema ha sido muchas veces abordado —también por nosotros—, es conveniente que se insista. Entendemos que en las altas esferas del gobierno no se atribuye la justa dimensión a lo que importa y puede importar para la nación, la industria turística.

Es lamentable que al plan de trabajo estudiado y presentado en tiempo por la Comisión Nacional de Turismo, no se le haya dispensado la atención que merecía. Vivimos una hora en que interesan más los cargos que las obras y no importan la carencia de medicamentos, mientras en los hospitales se puedan hacer nuevas designaciones... Y en esta avalancha de aumentos y creaciones, nos encontramos así ante importantes instituciones cuyos presupuestos, en el correr de los últimos años, han acrecentado en forma alarmante —e innecesaria— sus rubros burocráticos en perjuicio de las partidas imprescindibles destinadas a útiles y obras. Pero... este es tema para otros especialistas y además, muy conocido por todos, para que nos extendamos.

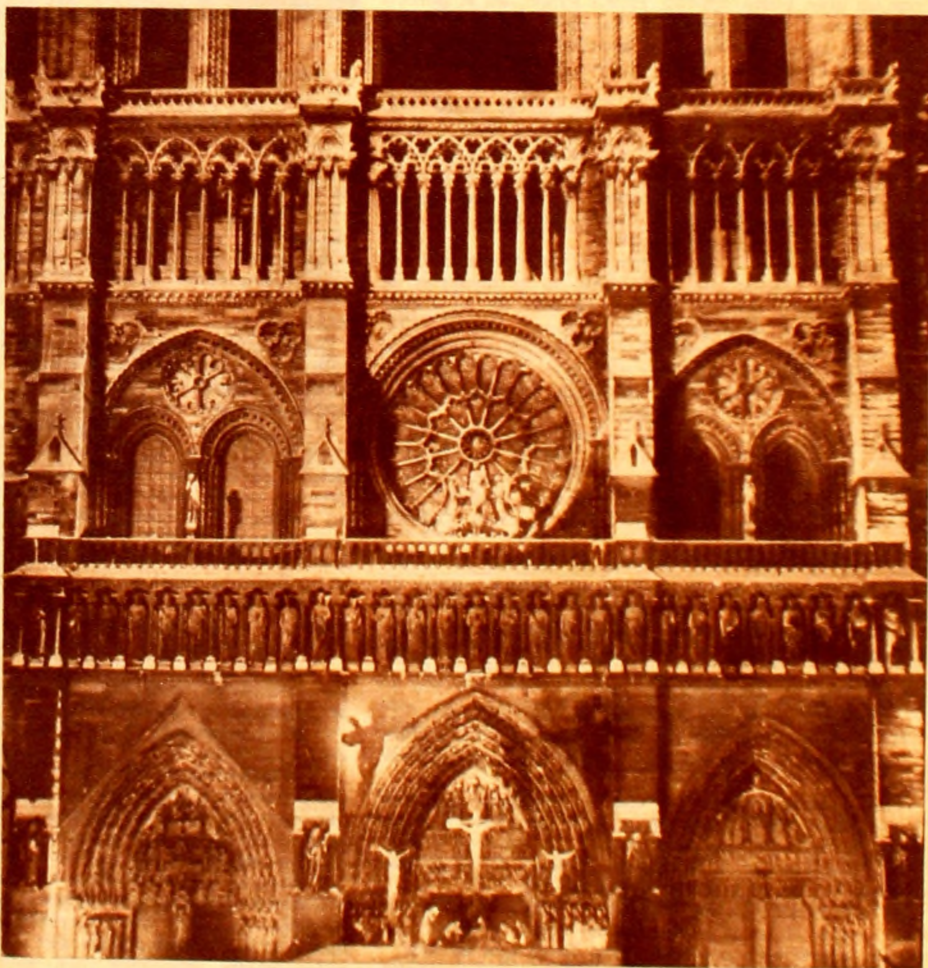
El turismo es una industria que preocupa hoy en todo el mundo y en muchos países es la primera fuente de ingreso de divisas fuertes. Tan importante, que en muchos Estados, el Ministerio de Turismo integra los gabinetes nacionales y sus dependencias trabajan constantemente con equipos técnicos especializados en la materia. Hay preocupación en explotar el turismo, que no es lo mismo que explotar al turista...

Por eso, al llegar a un país extranjero, el visitante encuentra el máximo de facilidades, desde su llegada a la aduana. No se lo recibe como a un vulgar contrabandista al inspeccionarse sus maletas, ni se le cobran precios abusivos por el transporte de las mismas y las tarifas de hoteles y transportes son cuidadosamente respetadas. Hay en todos los comerciantes, verdadero afán de ganar lo que deben y no lo que pueden...

Mucho es lo que hay que hacer en este país que pretendemos convertir en un lugar de atracción turística. ¿Por qué los museos, en pleno verano, están abiertos al público solamente en las primeras horas de la tarde? ¿No es posible, también, como ocurre en los países europeos, habilitarlos en horas de la noche, por lo menos algunos días de la semana y brindarles al público guías especializados? Y no se vea en esto ningún reproche ,pues creemos que, en materia de museos y restauraciones históricas, se ha cumplido ultimamente una tarea de real valor. Nues-



Lawrence Olivier, en "Hamlet", interpretada en el patio del castillo Kronborg (Dinamarca), el mismo lugar elegido por Shakespeare para la acción de su famosa tragedia



"El verdadero misterio de la pasión", auto sacramental que tiene como fondo Notre Dame de París, que año tras año atrae a millares de espectadores.

ESPECTACULOS AL AIRE LIBRE

tra propia población acudiría en mayor cantidad a ellos.

¿Por qué en las noches, durante la temporada veraniega, no se iluminan los monumentos y edificios públicos importantes, las plazas y fuentes, los parques y las playas? Causa pena ver a los turistas en su transitar nocturno buscando una atracción, en una gran ciudad con sus teatros cerrados, en un país de merecido prestigio por su tradición teatral y musical. Se nos dirá que hay muchos cines — muchos menos que hace unos años, desde luego! — pero el cine es el pasatiempo que el turista busca en última instancia, porque sabe que las mismas películas se exhiben en todos los países y no desea gastar sus horas en el extranjero viendo lo que tiene en su propia nación.

Por eso, las atracciones en las noches de verano, son los grandes espectáculos en cuya organización intervienen no solamente los mejores elencos, sino que se ponen a su servicio todos los medios, oficiales y particulares. En cualquier lugar de Europa se adquieren las localidades para sus grandes programas teatrales o musicales, incluyendo traslado, alojamiento, cenas. Pequeñas ciudades europeas — Avignon, Bayreuth, Spoleto, Granada, Stradford, Interlaken — y tantas y tantas pequeñas poblaciones adquieren por sus festivales artísticos una afluencia de turismo que sobrepasa la capacidad de alojamiento, incluso de las ciudades vecinas.

Nosotros disponemos de los elementos artísticos para ofrecer grandes espectáculos y lo hemos demostrado. La Comedia Nacional y el Sodre realizaron en el Teatro de Verano del Parque Rivera, magníficas representaciones, conciertos sinfónicos y corales y fiestas coreográficas. Resulta inexplicable que en ese escenario de una belleza natural excepcional no vuelvan a repetirse, para anunciarse en cambio, ahora, algunas actuaciones, por los elencos oficiales, en el Teatro del Parque Rodó, muy apto para funciones populares y desfiles carnavalescos, pero inadecuado por la estructura de su escenario para lo que debe ser, a cielo abierto, una fiesta de música, baile o teatro dramático que exige siempre en su marco, un fondo de poesía y belleza natural. Además, ya sabemos cómo interfiere allí el eco de las músicas y canciones populares de los tablados y juegos mecánicos del Parque Rodó, que si molesta en muchas noches de viento propicio la labor que cumplen en su escenario conjuntos de teatro ligero, peor habrá de repercutir durante la ejecución de un vals de Chopin, un texto de Shakespeare o Bretch o una romanza de Puccini.

En todo el mundo, cuando se organizan grandes festivales al aire libre, lo primero que se busca es el lugar: castillos, rincones de viejas ciudades, frentes de grandes catedrales, jardines públicos, bosques, lagos...

Hay en nuestro país, con una historia apenas centenaria, sitios que podrían aprovecharse. Hay parajes típicos de sugestión y recuerdo. La fiesta anual de las "llamadas de los lubolos" congrega cada año verdaderas multitudes. En Buenos Aires, además de los que se realizan en Palermo y distintas plazas públicas, el teatro "Caminito" ha convertido un rincón de la Boca del Riachuelo en una gran atracción ya tradicional, como lo son en Río de Janeiro las representaciones que se ofrecen en el viejo y hermoso marco de Largo do Boticario.

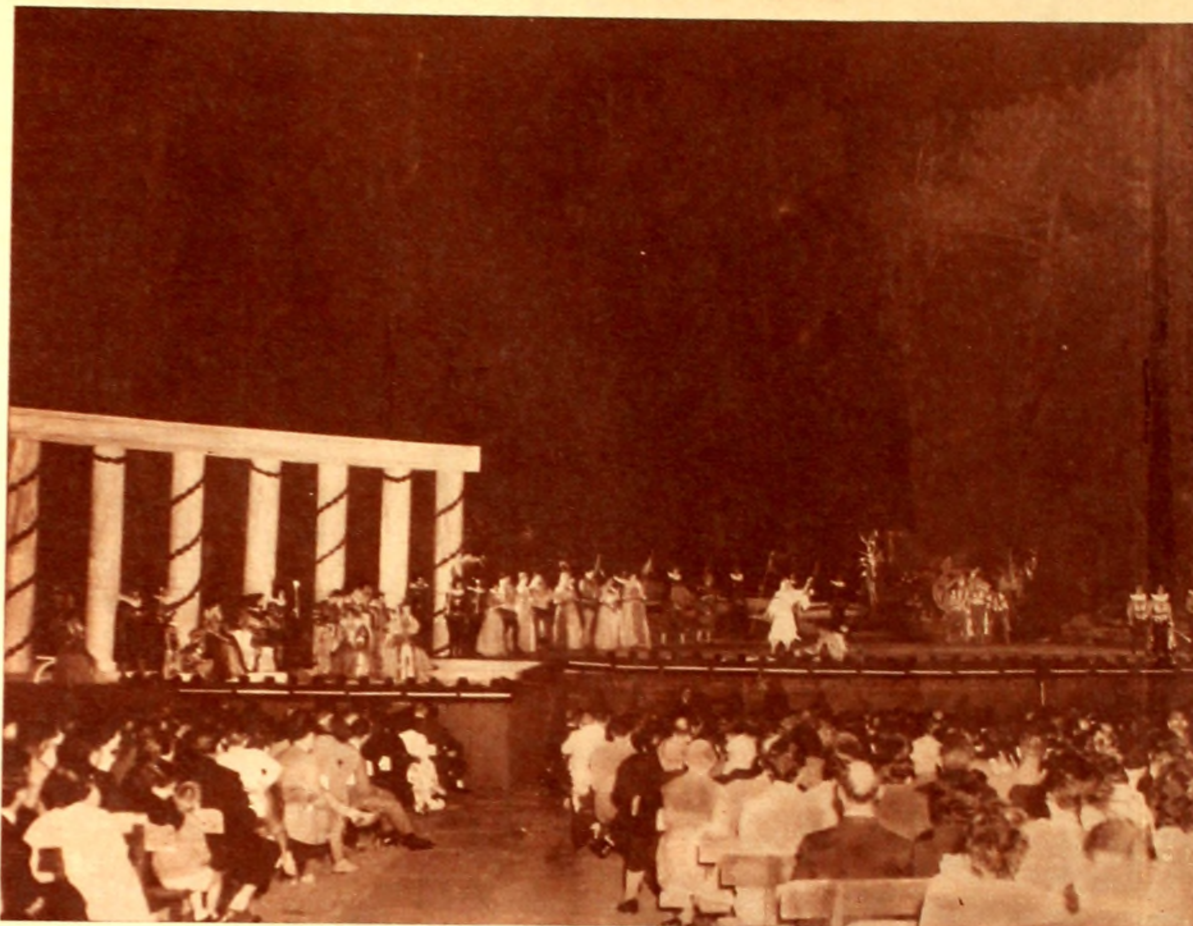
Tenemos nosotros actualmente dos grandes teatros al aire libre: uno en el Parque Rivera, magnífico, hoy abandonado; y otro levantado por nuestros actores en uno de los bosques de Punta del Este y que promete cumplir este año con sacrificado esfuerzo, un interesante programa y al que la Comisión de Turismo, dentro de sus precarios recursos, brinda todo su apoyo. Ya sabemos que la organización de esta clase de espectáculos significa la inversión de mucho dinero. Pero... ¿cuánto dinero dejan en el país los viajeros visitantes? Si además de brindarle playas hermosas y un clima agradable — que nada nos cuesta — podemos sentir el orgullo de enseñar los altos valores culturales y artísticos en horas de expansión que les robaremos por las noches en su deambular sin destino, ganaremos para el prestigio nacional, una moneda tan fuerte como la que ellos nos traen.

Confiemos que en el futuro se atienda mejor el porvenir turístico del país y se apoye con más confianza, decisión y efectividad, a quienes mucho se esfuerzan y tienen en sus manos su destino.

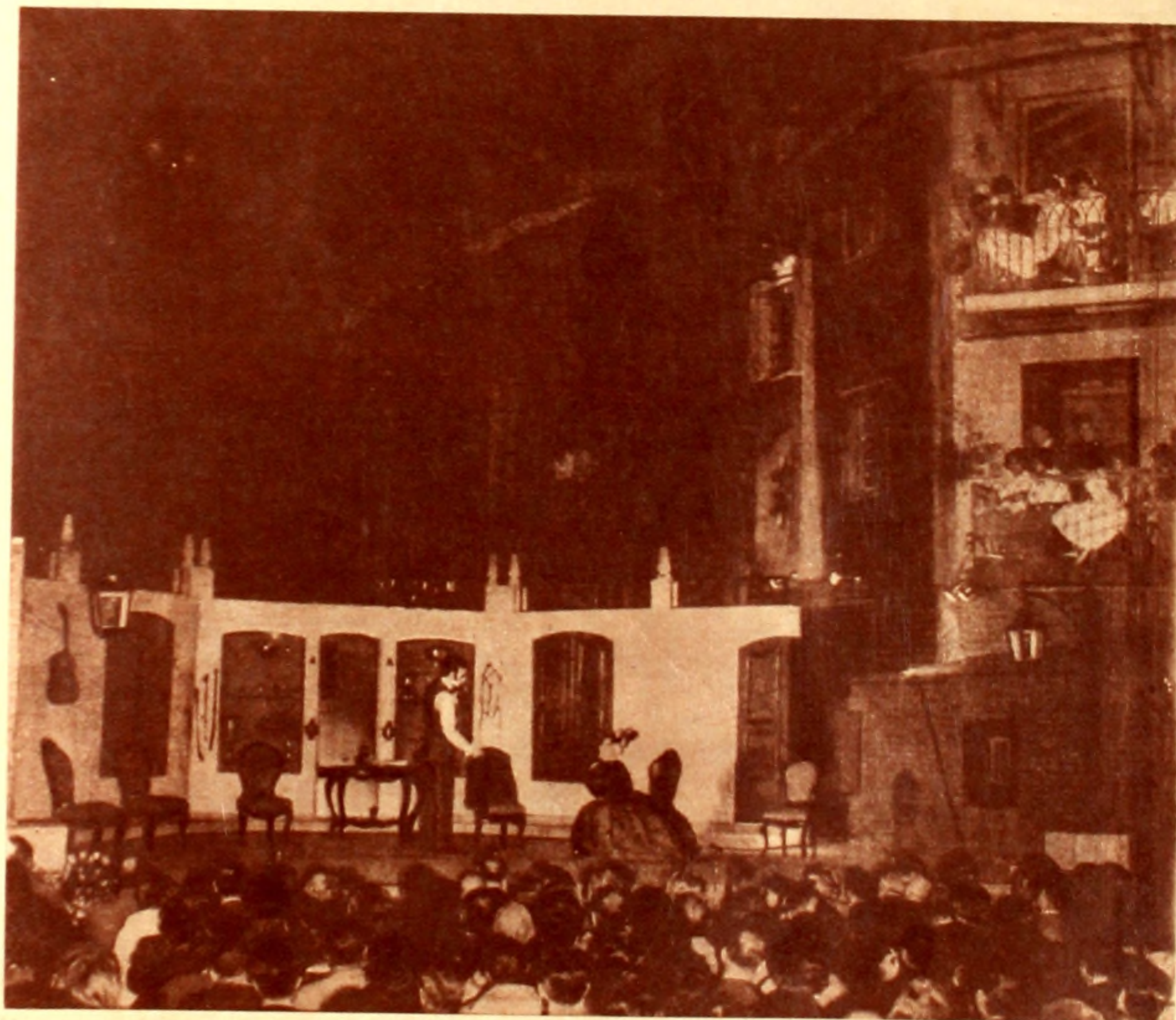
La experiencia que, suponemos, habrán sabido recoger por el mundo tantos turistas oficiales que en los últimos años han gastado los pocos dólares nuestros, estimamos que servirá para considerar con más atención —y en tiempo— un problema de tanta importancia económica en la vida nacional.

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



Un gran espectáculo ofrecido en nuestro país (año 1956) en el Teatro de Verano, del Parque Rivera: "Sueño de una noche de Verano", por la Comedia Nacional y los cuerpos estables del Sodre, bajo la dirección de Margarita Xirgu y del maestro Lamberto Baldi.



Una representación del conjunto "Caminito", dirigida por Cecilio Madanes, en una de las callejuelas de la Boca del Riachuelo, en la que se puede observar al público presenciando el espectáculo desde los balcones.

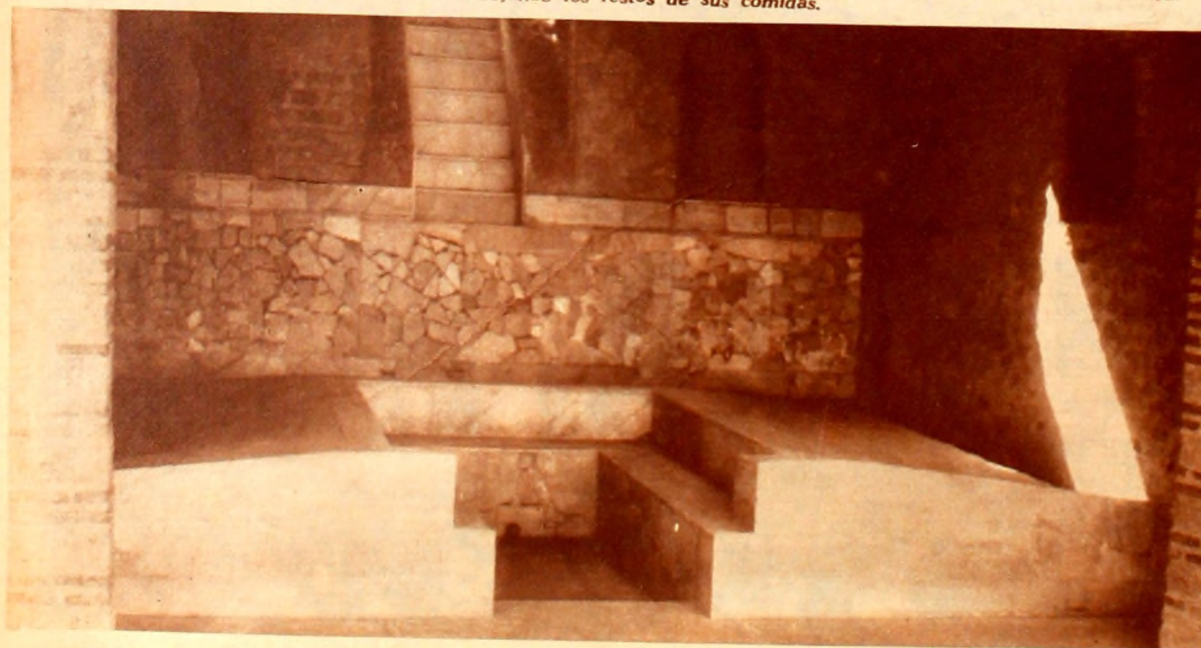
POMPEYA, SUS MESAS Y SUS FESTINES



Otro aspecto del comedor de verano. En primer plano, a derecha, con inocente apariencia de nifeo, un receptáculo de urgencia donde los comensales descargaban sus excesos de mesa.



Comedor al abierto, de verano. Nos muestran los nichos en que los comensales —con elegante displicencia— iban arrojando los restos de sus comidas.



Elegante "tricinium" con revestimiento de mármol, en la casa de Julia Félix. En lo alto de la pared, se ve una escalerilla por la que descendía el agua en cascada para refrescar el ambiente.

LOS pueblos romanos —Pompeya entre ellos— tenían por costumbre comer con austeridad al mediodía y abundantemente en la noche.

El alimento a mitad de la jornada, consistía en una ligera merienda consumida frecuentemente en pie —*prandium*—, dejándose para el crepúsculo o más tarde su comida de fondo o principal, la *cena*, como también hoy le llamamos en nuestra lengua de origen latino.

Era esta última la comida que se prestaba a la ampulosidad, al protocolo y a las ceremonias rituales de las circunstancias.

Era la hora de las reuniones entre amigos, de los acuerdos en torno a la mesa, de los banquetes que no raramente terminaban en verdaderas orgías.

Conociendo pormenores de aquellas ocasiones, tanto en el exceso como en la falta, comprendemos una de las causas por las que la gente de entonces moría a tan tem prana edad, unos por comer demasiado y otros por no comer lo suficiente.

Los banquetes adquirían frecuentemente dimensiones pantagruélicas, con consumo exagerado de carnes de caza, de corral y de pesca, que preparaban entre engaños del paladar y espejismos del vino, el drama de la artritis o el de la demencia.

Era la triste suerte emboscada entre la fronda de la riqueza y del poder; el oscuro destino que acechaba a semi dioses, emperadores, jerarcas y patricios de relieve, que sin advertirlo, pagaban el fasto, la pompa, la abundancia y los honores con el usurero arancel de su destrucción; el designio inexorable de la *piel de zapa*.

Es sabido de todos —y no olvidado por su sabor anecdótico—, que cuando aquellos próceres de dos mil años hace alcanzaban la saciedad de mesa, a mitad del banquete, se alejaba con naturalidad o ayudado por alguno de sus esclavos, de la reunión, vaciaban con fácil maniobra su atormentado receptáculo gástrico en rincones vecinos, o artefactos especialmente preparados a los fines con arte y hasta con coquetería, y tornaban a sus puestos con refrescada glotonería y renovado ímpetu mandibular.

Esas comilonas tenían muchas veces un sentido celebrativo de éxitos bélicos o cívicos, o preparaban el terreno fecundo para negociaciones de interés público o privado. Comunmente, carecían de otra especial finalidad que no fuera la de transcurrir horas placenteras y de diversión.

Fueron los griegos, los que aportaron a los pueblos romanos y a Pompeya entre ellos, el refinamiento y la voluptuosidad del vivir; los precursores de la "dolce vita" que le llamamos hoy, imprimieron con sus formas de elegante abandono y de deleites sensuales, por seductora contaminación, un rudo golpe a la disciplina, a la fortaleza y estoicismo del soldado imperial.

Entre los sistemas difundidos por los griegos y que merece destacarse por su afinidad con nuestro tema, es el de comer reclinados sobre lechos especialmente concebidos. Con ello se perseguía desgravar el cuerpo, darle mayor levedad en beneficio del espíritu, y facilitar, posiblemente, los conflictos de la gravedad y del equilibrio comprometidos, por los abundantes platos y generosos vinos.

El comedor, con su especial disposición, se llamaba *triclinium*. Consistía en una habitación, en general de medidas reducidas al necesario espacio útil, con tres planos inclinados que se alzaban a escasa distancia del suelo a partir de las dos paredes laterales y de fondo del ambiente, y convergiendo parcialmente hacia el centro. Aquí, sus tres respectivos bordes recortaban un espacio cuadrilátero que contenía la mesa.

Por lo común, estos planos, con funciones de lecho, estaban construídos en obra de albañilería o con finos mármoles.

Tenían una capacidad aproximada de tres personas por lecho. En los banquetes, se tenía por conveniente que los comensales no debían de ser en número mayor al de las nueve Musas ni inferior al de las tres Gracias.

Encima de los duros planos de ladrillos y estucos o de piedras preciadas, se tendían colchones o colchonetas, completándose luego la muelle tapicería, con blandas y mórbidas almohadas provistas por los dueños de casa o que traían consigo los propios invitados.

Aquellos nuestros antiguos, refinados ascendientes, hundidos entre tanta molicie de lana, plumones y recamos,

se nos aparecen hoy, en tan extrañas actitudes, como pretendidos artículos de joyería en el blando albor de sus estuches...

Cada plano o lecho del *triclinium* tenía, en general, capacidad para tres personas. Estaban ligeramente separados de la pared respectiva, para permitir el pasaje de los participantes y poder acomodarse en sus respectivos sitios.

No se usaban cuchillos ni tenedores. La carne o los amorcillados o preparaciones de relleno eran convenientemente cortados por los sirvientes antes de ser traídos a la mesa.

Primero, se pasaba entre los comensales una artística taza de cristal o de plata con agua y esencia de rosas, donde aquéllos mojaban, perfumando, con morijerada elegancia, sus dedos y palmas.

Luego, se servían con las manos, de la fuente que acercaban los esclavos, los trozos preferidos que depositaban en un plato — *pátina* o *patella* — que sostenían con la extremidad izquierda, y luego ingerían ayudados con la derecha.

En tales circunstancias, era de buena crianza mover las manos con elegantes movimientos que disimularan la prosaica función, y cuidar de ensuciarse lo menos posible los dedos, la boca o la barba...

En los casos de banquetes importantes, los invitados concurrían con sus respectivos sirvientes o esclavos, que ayudaban contribuyendo a un más pulcro y lucido servicio.

El vino, en general, era bebido tibio y aguado. La mezcla se hacía a la vista, en proporciones que determinaba para el acto el homenajeado o la persona de más relieve de la reunión, en una gran vasija llamada *cráter*.

En postrimerías de los platos empezaban los brindis. Estos se hacían bis a bis entre dos comensales. El de la iniciativa llenaba su copa con la mezcla del *cráter*, sirviéndose con una especie de cucharón-filtro que decantaba las nobles impurezas que acompañaban el vino hasta el momento de su consumo.

—Salustio!... Oh tú!... Que los dioses te sean propicios, leales los amigos e indulgentes los acreedores... Y se vaciaba la copa en un solo trago. Volvía a llenarla y la tendía al compañero que repetía el procedimiento:

—A tí, Pomponio!... Que la hiel del carnero revele tu inocencia y la bruja del Vesubio te de el filtro que destruya a tus enemigos!... Volvía Salustio a llenar la copa y a alcanzarla a Pomponio y así sucesivamente en un "duelo a última sangre" o mejor dicho a último vino, hasta que uno de los *participantes* — cuando no los dos —, debían levantarse de la mesa y llegar por los propios medios o ayudados por sus esclavos, hasta el inmediato receptáculo previsto para las desgravaciones gástricas.

La función de los sirvientes de que se hacían acompañar los invitados, no se limitaba solamente a la ayuda en normales servicios de *triclinium* o de cocina. Esto, más bien, constituía un decoroso pretexto. La intervención más eficaz de los modestos servidores, consistía en asistir a sus amos en los momentos de la indigestión o la ebriedad, y acompañarlos a casa, al final de la fiesta, apuntalados en la marcha o levantados en peso.

En casos de banquetes, las comidas no eran por nada recomendables para dispépticos, hepáticos o biliosos. La realidad era más cruel de lo que parece a primera vista. Con un término medio de vida de treinta años, muy pocos, por supuesto, eran los que llegaban a la edad académica del régimen alimenticio. En la época el jugo de raíz de la *serpicium* servía para todos los males — inclusives los atracones digestivos —, cumpliendo en tal sentido la alta función terapéutica universal de la malva, manzanilla o bicarbonato de nuestros días.

Las grandes mansiones de Pompeya, como las casas del Fauno, de Menandro, de Vetti, disponían de varios triclinios o comedores, más amplios o más íntimos, más frescos o más templados, según la temperatura deseada, el gusto o la necesidad del momento.

Uno de los platos preferidos, era el jabalí relleno de patos y éstos a su vez rellenos de pajaritos, en medio de un protoplasma de huevos cocidos, y contorneada la fuente con peces de la mejor calidad del Golfo.

Los pompeyanos, además, eran muy aficionados a la carne bovina, de asnos salvajes, de perdices, faisanes, etc.

Usaban mucho de una salsa de pescado cuya manera de prepararla bastaría para ocasionarnos, en nuestros días, náuseas. Era famosa y requerida de muchos países, y constituía, su preparación, una de las industrias más florecientes de Pompeya.

Se fabricaba macerando en una gran batea pescados de toda clase y tamaño; el producto era expuesto durante varios días al sol, siendo objeto de removidos, para facilitar la fermentación. Como la preparación del vino, aunque la aroma debía de diferir en muchos conceptos... Finalmente se filtraba el líquido resultante en un cesto de mimbre. El líquido espeso, llamado *garum*, constituía el "non plus ultra", como salsa, para los sibaritas de la época. Nos separan muchos siglos de aquellos tiempos, como para sentirnos libres del terrificante honor de ser invitado a uno de aquellos legendarios triclinios "a la salsa de *garum*...!

Juan RASO

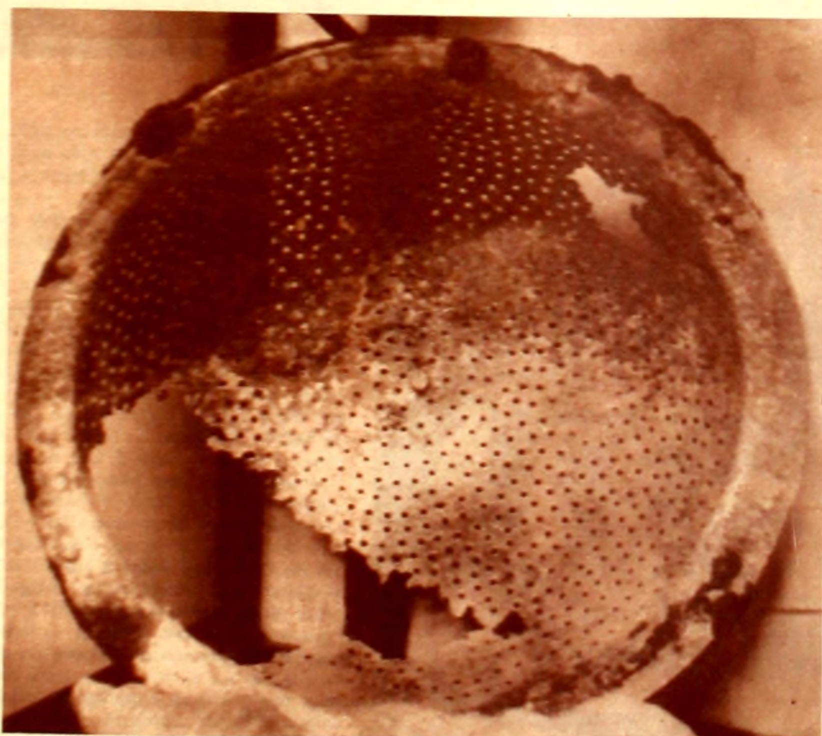
—Nápoles, 12 de enero de 1965.

(Fotografías del autor)

(Especial para EL DIA)



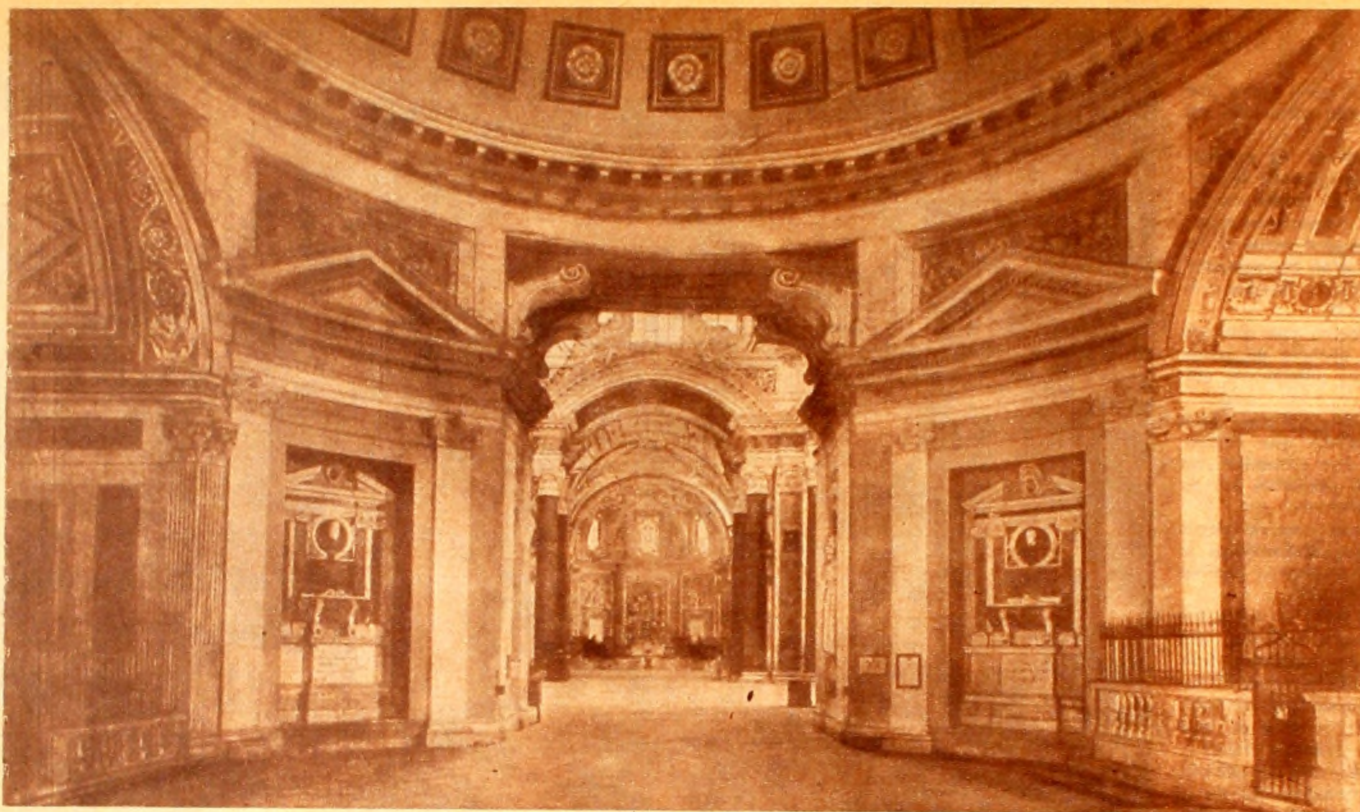
Platería hallada en la Casa de Menandro (que se conserva hoy en el Museo de Nápoles). Adviértase la variedad de piezas y riqueza de conceladura. Vemos platos, tazas, jarras, el gran vaso "cráter" en que se mezclaban agua y vino, y especie de cucharones (cyathus) con que se servían en las copas.



Utensilio universal y eterno en la trastienda de los banquetes: el colador.



Otra forma clásica de "triclinium": los tres lechos laterales y la mesa central para apoyar vajillas, pitanzas y bebidas.



Interior de la iglesia de Santa María degli Angeli, transformación del Tepidarium de las Termas de Diocleciano, efectuada por Miguel Angel.



EL QUIRINAL Y EL VIMINAL

HACE unos veinte siglos llegaban a Roma dieciséis carreteras, convergentes todas ellas al **Milliarum Aureum**, o sea a la columna situada en la zona Norte del Foro y erigida en el año 20 a. C. por Augusto, en su carácter de **curator** —superintendente— de las carreteras. Porque en aquellas lejanas épocas las obras públicas, y especialmente la red vial y los acueductos, estaban bajo la directa e inmediata supervisión de los Jefes de Estado: reyes, cónsules o emperadores.

El Milliarum Aureum tenía grabados los nombres y las distancias de las principales ciudades dispuestas sobre las grandes vías consulares, las cuales, bifurcándose y ramificándose, cubrían todas las provincias del dilatado imperio con una red vial de trecientos mil kilómetros de longitud.

Actualmente convergen en Roma dos autopistas y dieciocho carreteras, dieciséis de las cuales siguen el trazado de las antiguas vías romanas. El aumento de dos carreteras y dos autopistas en el lapso de dos mil años podría no indicar un progreso digno de relieve si no se considerara que durante la Edad Media y gran parte de la Edad Moderna las incursiones de los bárbaros y la incuria de los civilizados causaron la destrucción de las antiguas carreteras romanas.

Después de la desaparición de los Romanos la humanidad vivió centenares de años sin una red vial y sin que nadie pensara en construirla; y, por extraño que parezca, a ningún jefe de Estado se le ocurrió facilitar las comunicaciones terrestres. Es conocido el hecho que cuando Carlos V —"en cuyo imperio nunca se ponía el sol"— fue a Bruselas, una compañía de gasrradores iba delante de la carroza imperial para cortar los arbustos y las malezas que estorbaban el viaje.

Y es sabido también que recién en el Siglo XVIII el rey Luis XV dispuso que el Cuerpo de Ingenieros estableciera en Francia la red de carreteras; pero cuando los ingenieros, después de haber estudiado el trazado general de la red, comenzaron los trabajos constructivos, descubrieron que debajo de ese trazado iban apareciendo, a medida que se excavaba, los restos de las antiguas carreteras construidas por los Romanos mil setecientos años antes.

Fue sólo a fines del Siglo XVIII y a principios del XIX que comenzaron a tener un cierto desarrollo las vías de comunicación terrestres, porque en aquella época a la cultura —que es estática— sucedía la civilización —que es dinámica—. Y ese desarrollo aumentó rápidamente en el correr



Roma. La plaza de la Esedra y la Fuente de las Náyades.

del siglo pasado y de nuestro siglo, duran[te] los cuales llegaron a las más apartadas r[e]giones del mundo las carreteras y las líne[as] férreas.

Las nueve líneas férreas que converge[n] en Roma terminan en cinco estaciones f[e]rroviarias: la Estación del Acqua Acetos[a], la de San Pedro, la Ostiense, la de Tra[s]tévere y la Central. Esta última, llama[da] también Estación Términi, está situada [en] la colina del Viminal entre la Ciudad Un[i]versitaria y la Basílica de Santa María Ma[g]giore —entre la Ciencia y la Fe— y cer[ca] del lugar donde los restos de las murall[as] de Servio Tulio dan la bienvenida al turist[a] como si abriesen para él una de sus puerta[s].

Dejemos que los historiadores modern[os] quiten a Servio Tulio el mérito de hab[er] hecho levantar estas murallas y que est[a]blezcan la fecha de su construcción en [el] 387 a. C. en lugar del Siglo VI a. C. com[o] sostienen los historiadores antiguos; en [el] viaje que hemos emprendido a través d[el] tiempo lo que nos interesa es trasladarno[s] con la imaginación a la época en que Rom[a] aún no había nacido, y los lugares cercano[s] a la modernísima Estación Términi comen[z]aban a tener nombres después de tene[r] habitantes.

Los cuales habitantes eran Sículos y Li[]gures, ambos de raza Ibera y, por consi[]guiente, hermanos de raza de los vasco[s]



Museo de las Termas. Sarcófago Ludovisi (siglo II d. C.). Combate entre Romanos y Bárbaros. (Detalle).

...aron los siglos, llegaron desde los Ape... las inmigraciones Sabinas y, dice ...to, **Ligures Siculos que exegerunt**, desa...ron a los Ligures y a los Sículos. Los ...neros se dirigieron hacia el Norte, los ...ndos hacia el Sur hasta establecerse en ...isla de Sicilia que de ellos tomó el ...bre; pero sin que antes los Ligures y Sículos dejaran en el idioma sabino una ...tidad de palabras iberas, como el visi...te deja su tarjeta al partir del lugar ...de se ha hospedado. Estas palabras ibe... algo transformadas, pasaron del sabino ...latín, y del latín a los idiomas que de...erivan.

...l Señor del cielo —el arcaico Keir— los ...inos dedicaron la colina más septentrio... —y por consiguiente la más venera...—, y de Keir la colina tomó el nombre, ...nizado más tarde en **Quirinal**. Los seño... de la tierra, los "de abolengo", los pa...ios, establecieron sus viviendas en la ...na inmediata, la cual, por la cantidad ...mimbres —**viminis**— que crecían en ella, ... llamada **Viminal**.

...n el Quirinal los principales templos y ...rarios: el de Quirinus —transformación ...na del nombre del Señor; el de la For...a; el de Flora, la diosa de la Primavera; ... Sancus, el rey sabino divinizado —de ...de la palabra Sanctus—; y el de su esposa Salus, la diosa del bienestar colectivo.

En la colina del Viminal, ningún templo; sólo viviendas patricias y una calle principal que se llamó **Vicus Patricius** —Calle Patricia—.

Cuando Servio Tulio dividió la ciudad de Roma en Regiones, las dos colinas del Quirinal y del Viminal formaron la IV Región y constituyeron siempre, desde hace unos treinta siglos hasta nuestros días, la zona eminentemente aristocrática. En ella el Palacio del Quirinal, otrora residencia veraniega de los papas, después de los reyes de Italia y actualmente del Presidente de la República; allí los palacios de seis Ministerios, y el de la Banca de Italia "macizo como caja de hierro", allí el Teatro de la Opera, el mayor y más lujoso de Roma, y las villas y las mansiones principescas entre las cuales corren las avenidas más elegantes de la ciudad: la Vía XX Settembre, la Vía Vittorio Véneto, la Vía Nazionale.

La Vía Nazionale sube desde los Mercados de Trajano, marca la separación entre el Quirinal y el Viminal y desemboca en la Piazza dell'Esedra. Es sabido que se da el nombre de "esedra" a una sala, generalmente semicircular, destinada en los palacios, en las palestras o en las Termas a las reuniones y a la conversación.

La plaza era la esedra de las Termas de Diocleciano: ahora en su centro canta el agua de la fuente adornada por Mario Rutelli con hermosas náyades que gozan de la luminosidad del cielo y de la frescura del agua.

La misma **Aqua Marcia** que hace mil seicientos años contribuía a alimentar las Termas donde los antiguos romanos, después de los ejercicios físicos, del baño y de una ojeada a las Bibliotecas, conversaban de los espectáculos, de las guerras de Oriente, de la inflación y de las exigencias de las Corporaciones —nosotros diríamos de los Sindicatos— que Diocleciano había instituido antes de retirarse a vida privada en el grandioso palacio que había hecho erigir en Salona.

Allí, en las orillas del Adriático, había nacido de una familia de campesinos, y allí volvía como simple ciudadano después de haber regido el mundo.

Las Termas de Diocleciano cubrían un área de unos ciento veinte mil metros cuadrados y eran las más grandes de todas las Termas que había en Roma; tan grandes que, como se recordará, Miguel Angel por encargo del papa Pío IV transformó una de las salas, el **Tepidarium**, en una iglesia: la iglesia de Santa María degli Angeli, de la cual Vanvitelli, dos siglos más tarde, modificó la orientación cambiando la nave central, de noventa metros de longitud, en nave transversal.

Y en el antiguo **Nymphaeum** de las Termas, adaptado a moderno Planetario, gira un cielo artificial para que aun en las noches nubladas vague entre las estrellas la fantasía de los absortos espectadores.

Hacia el Sur, en la cumbre del Viminal, se abre la Piazza del Cinquecento entre dos imponentes escenarios: los muros rojos de la fachada lateral de las Termas de Diocleciano y la monumental Estación Términi. Mil seicientos sesenta años en el tiempo y trecientos metros en el espacio separan ambos edificios. Retumban los trenes sobre los veintidós rieles de la Estación, reina la calma de los siglos en las Termas destinadas a Museo Nacional Romano.

Y cuando, al anochecer, se cierra el portón de este Museo mientras se encienden millares de luces en los palacios principescos y en las calles elegantes y populosas del Quirinal y del Viminal, los corredores y las salas se sumergen en el silencio, y entre las imágenes de los dioses quedan las de los emperadores, de las bellas jóvenes y de los grandes personajes que vivieron otrora en las aristocráticas colinas.

Ing. Enrique CHIANCONE

(Especial para EL DIA)

MANO A MANO...

SOLO un milagro. Ni la más poderoso vitalidad, ni la más alta ciencia, hubiesen resistido aquel tremendo impacto de la lanza.

*

Atardecía.

El último escuadrón de los vencedores desaparecía recortando el rojo horizonte, como un inmenso culebrón oscuro. Y la noche, cuando comenzó a aplastarse sobre el campo, hizo más sombría la desolación fundiendo en la tiniebla caballos transidos, lanzas quebradas, trabucos deshechos... y los muertos.

Sin embargo el cuerpo del capitán Sotelo, semi oculto en la maleza de una cañada, palpitaba aún.

Cuando amaneció, los perros de Felisbina, erizados de rocío, se dieron a aullar. Salió del rancho una negrita que los hizo callar, gritándoles.

Poco después ella y la curandera, a pie, enderezaron al campo de batalla. Algunos hombres, siniestros, encontraron allí, merodeando, garreando difuntos. Las dos negras también vizcachearon algo.

De pronto alguien gritó:

—¡Aquí hay uno que entodavía resuella!

Una hora después estaba el capitán Sotelo boca arriba sobre unos cueros de oveja contra el suelo, en el rancho de la bruja.

Al abrir la ropa en cortes apareció la horrenda herida. La negrita cayó desvanecida. Los mismos hombres que ayudaron a llevar a Sotelo sintieron flaquear sus piernas. Felisbina recostó una lata al fuego.

Dos días y dos noches el capitán Sotelo pasó hablando. A veces, luego de un breve silencio, lanzaba unos ayes escalofriantes. Chocaban los dientes, la boca se abría en el ansia del aire, rutilaban los ojos. Después seguía aquel hablar incoherente en el que se mezclaban quebradas frases, palabras roncas: ¡flor... truco... retruco...!

Ardía todo él de fiebre en su delirio. En tal instante hacía llorar, en tal otro reír, a la negrita. Felisbina junto a él, casi petrificada, ponía trapos empapados en el agua de la lata sobre su frente, o sobre el vientre. Y en un ritmo hipnotizante pasaba y volvía a pasar sobre el rostro una pantalla — que ella misma había tejido con juncos del estero. El mosquerío tañía un bordón lúgubre...

*

Cinco años después, en la estancia del coronel Tapia hubo fiesta de cumpleaños. A medianoche, en tanto la mozada seguía el baile, en el gran patio de la casa le hicieron rueda al coronel aparceros de la época bravía. Allí estaba un médico — su cuñado — Sotelo, compañero de armas del estanciero, siempre concentrado, y que luego de su milagrosa salvación lo fue más, también estaba allí.

Las palabras girando en torno a diversos temas llegaron hasta él. El coronel dijo:

—A ver, Sotelo, mostrale la cicatriz al dotor.

—¿Pa qué?

El propio médico tuvo que rogarle.

Al ver el vientre desnudo, retorcido en una trama de líneas monstruosas exclamó:

—¡Una terrible herida!

Y luego de observarla largamente siguió:

—¿Usted recuerda, capitán, qué tratamiento le dio la curandera?

Sotelo se ensimismó un instante. Después habló:

—No me acuerdo muy bien... Sé que pasé los días mirando la quincha del rancho, a veces en un dolor, a veces en un medio dormir, sacudiéndome siempre como si en la barriga tuviera dos gatos monteses trenzaos a garra y diente...

El doctor dijo:

—No sé, en verdad, como está vivo...

Entonces Sotelo se irguió un poco, brillaron sus ojos.

—Hasta aura a naides le he dicho. Pero... Sé que en una hora, no me acuerdo si era día o noche, yo estaba sentao entre las piedras de la sierra sacándome de entre las tripas unas espinas largas, de tuna brava... ¡Las tengo que sacar tuitas, decía, asina se me alivea este fuego... Y en ese son estaba, sacando espinas mientras aparecían otras... cuando vide arrimarse, montada en un escuro tapao clinudo, una china alta, perdidos los ojos en dos aujeros, ñata, saltaos los cormillos. Me gritó, sentando el montao de un sofrenazo que le hizo rechinar la boca:

—¡Te vengo a llevar, saltá en ancas!

No me gustó la estampa de aquella hembra y men[...] el tono mandón con que me habló. Le dije:

—¿Y quién sos vos pa darme órdenes? No has [...] pasar de una arrastrada...

Sentí que los ojos, dende lo hondo, tocaron tuita [...] carne, tuita mi osamenta.

—¡Soy la mesma muerte, muy empinao estás! Mir[...] podería dormirte de un sopapo y atravesarte en el escu[...] como maleta. Pero te viá dar una ventaja ya que sos ta[...] altivo. Vamos a jugar al truco tu vida.

Y sin más peló un naipe y unos porotos, se tiró y [...] la vide frente a mí, piedra por medio. Barajó.

—¡Cortá! ¡A cuarenta tantos y sin revancha!

Y áhi mesmo comenzamos un tejer de cartas com[...] no lo jugué y no lo jugaré más. Llegamos a treinta iguale[...] Ya no sentía las espinas, sólo véia aquel contrario de bo[...] sumida, de ojos borraos, de nariz pegada y manos güesud[...] que se entreveraban en el mazo muy suficientemente.

—¡Jugás bien — me dijo en una de esas — pero el tan[...] cuarenta lo viá cantar yo!

Yo agarré treinta y seis y me tiré como quien se azo[...] en la corriente de un arroyo desbarrancao.

—¡Falta envido! — grité.

Por la boca de la china pasó como una sombra [...] risa. Abrió dos cartas, un dos y un siete.

—¡Quiero — habló — estas son treinta y siete!

Pero cuando iba a tirar la tercera carta al mazo [...] dije:

—¡Pido flor!

Le crujieron los dientes, le bailaron los cormillos, sal[...] una luz amarilla de los hoyos ande encuevaba los ojos. [...] le brotó un ronquido del pecho cuando dijo:

—¡No sé mesmamente cómo me has podido gana[...]

—Montó de salto y se perdió entre las tunas, los cu[...] lantrillos y los arrayanes. Había negao una flor pa ganarm[...] la falta y con ella el partido. ¡No sé mesmamente cóm[...] me has podido ganar! — había dicho. Lo que tampoco sup[...] es que yo tenía los tres doses que faltaban apretaos ent[...] las rodillas...

Se hizo un silencio impresionante allí. Sotelo hab[...] quedado tenso, como suspendido en la evocación de s[...] drama. Del mirar a veces salían fugaces relámpagos. [...] médico deshizo el silencio y la tensión.

—Sólo así, capitán Sotelo, pudo ganar su vida. N[...] Felisbina, ni su naturaleza privilegiada, ni yo con toda m[...] ciencia, juntos, lo hubiéramos salvado...

El coronel terció:

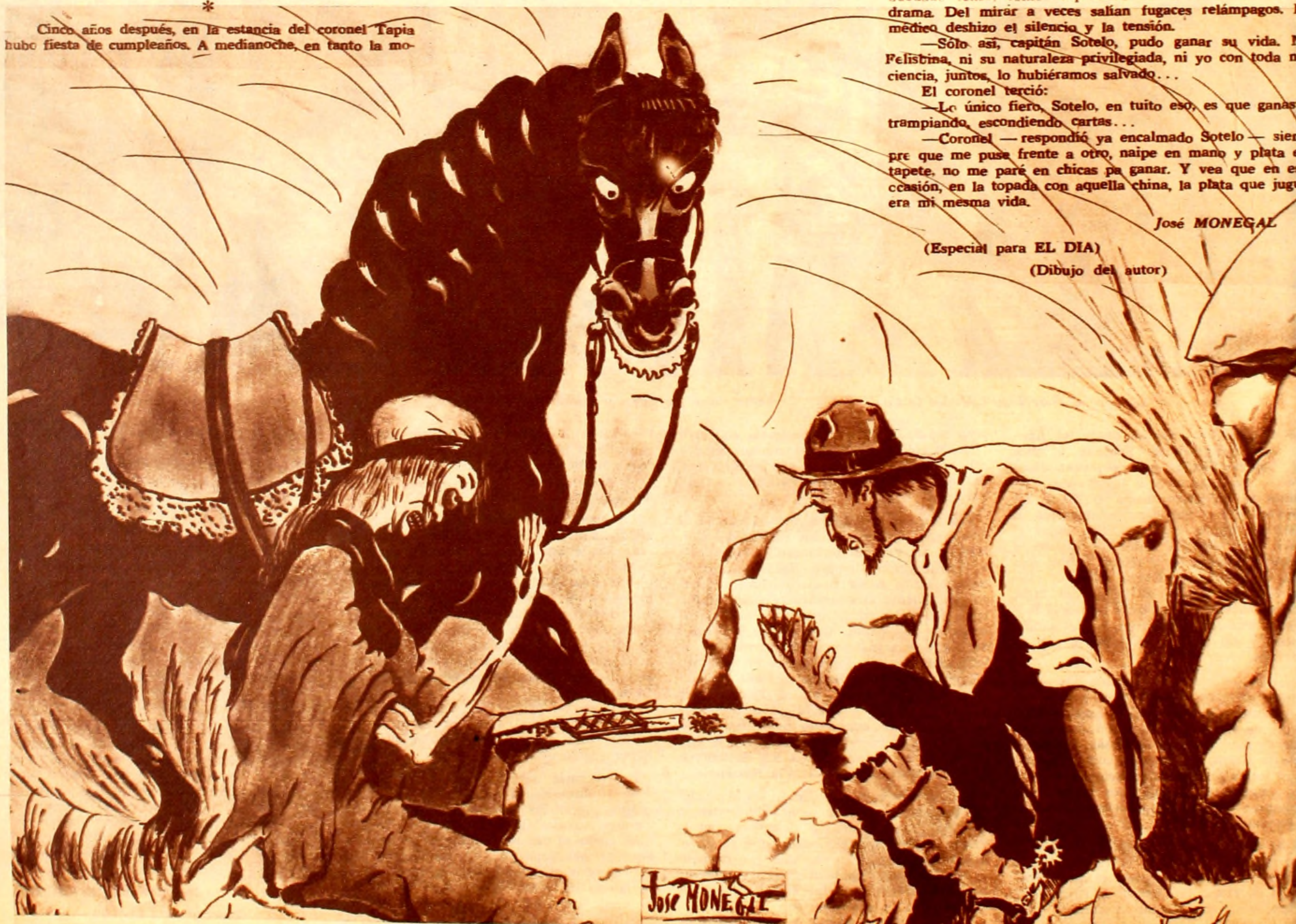
—Lo único fiero, Sotelo, en tuito eso, es que ganas[...] trampiando, escondiendo cartas...

—Coronel — respondió ya encalmado Sotelo — sien[...]pre que me puse frente a otro, naipe en mano y plata e[...] tapete, no me paré en chicas pa ganar. Y vea que en es[...] ocasión, en la topada con aquella china, la plata que jug[...] era mi mesma vida.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)



SUCRE, GRAN MARISCAL DE AYACUCHO



Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho.

La autoridad y maestría del escritor ecuatoriano Alfonso Rumazo González, de prestigio hispanoamericano, difundido y respaldado principalmente por un libro que es modelo de género biográfico: *"Manuela Saenz, la Libertadora del Libertador"*, anticipa la categoría y seriedad de cada nueva obra. Si nada supiéramos de ese prestigio, bastara para reconocerlo la más reciente, *"Sucre"*, admirable vida del gallardo Mariscal de Ayacucho, la primera completa publicada hasta el presente.

Conocimos a Alfonso Rumazo cuando la diplomacia le trajo, hace años, a nuestro país, donde hoy es Embajador del Ecuador su distinguido hermano José, también notable historiador, poeta y ensayista de alto vuelo. Y apreciamos desde entonces al escritor fecundo, de inmensa cultura, y ricamente dotado para la amistad. La aparición de esta biografía de Antonio José de Sucre, renueva la admiración en pie, pues reitera, en acendrada madurez, la jerarquía intelectual de su autor.

La personalidad del Gran Mariscal de Ayacucho siempre ha estado un poco absorbida por la gloria militar de Bolívar, y acaso se le ha visto en función de subalterno, al amparo del genio delirante del Libertador, monopolizador de devociones y odios enconados. Por eso resulta doblemente trascendente esta documentada obra de Rumazo, que arroja luz nueva y total sobre el ilustre cumanés cuya estatura histórica sólo el propio Bolívar pudo superar.

Su historia es dinámica y compleja, ceñida por esos oscuros designios que tejen en torno de un hombre la invisible red de un destino señalado para la grandeza y el infortunio.

Sucre logró en treinta y cinco años de vida, cuanto puede ambicionarse de honores militares, de éxitos amorosos y de riquezas: "Se le consideró el más afortunado de los generales de la independencia americana". Su mismo encumbramiento, levantador de resentimientos y de celos profundos, determinó su muerte a manos criminales.

La vida de Sucre tiene mucho de novela heroica. El venezolano de Cumaná nació en 1795 a orillas del mar, que le comunicó temprano su espíritu inquieto e indomeñable. Rumazo lo explica bellamente: "El mar adoctrina siempre en la libertad". Se desprende del perfil que traza, un individuo de temperamento ardoroso pero controlado, introvertido, severo y fino, inspirador más de respeto que de simpatías. Tenía por derecho de cuna, abolengo, fortuna, orgullo. Creció entre haciendas y esclavos, en hogar de tradición militar. Casi niño pasó a Caracas para proseguir sus estudios. Y Rumazo analiza con acierto la influencia futura del temprano nomadismo de Sucre, en una síntesis relampagueante:

"Con este inicial desarraigo, comienza para Sucre un viajar que no se detendrá nunca. Año tras año, triunfante o vapuleado por vencimientos, irá de Caracas a Cumaná; de ahí a La Victoria, Barcelona, Maturín, Angostura, la isla Margarita; saltará a Trinidad, Martinica, Saint Thomas, Haití. Naufragará. Atravesando los llanos inmensos, hirvientes de su país, llegará a las márgenes del Apure, en la selva. Después, el éxito definitivo, sin retorno: a la Nueva Granada, al Ecuador, al Perú y Bolivia, en un peregrinaje heroico, que no ataja sino la muerte emboscada en Berruecos. Andar y andar siempre, haciendo coincidir la libertad con lo titánico, combatiendo contra los enemigos armados y contra los enemigos civiles: tal es el sino. El transplante perpetuo fortalece a la persona; pero la despoja de muchos bienes, la vuelve solitaria, la sacrifica".

Sus días correrán vertiginosos: ingresará en el ejército a los quince años, a los dieciséis se jugará la vida en la toma de Valencia, antes de los diecinueve será oficial de Estado Mayor, probará la expatriación a los veintiuno, el dios de las batallas le exaltará en el triunfo de Pichincha a los veintisiete, dos años después será el Gran Mariscal de Ayacucho, presidirá Bolivia a los treinta y uno, y morirá a los treinta y cinco, después de haber presidido el célebre Congreso de Bogotá de 1830. En corto plazo el apuesto militar escaló sin detenerse todos los rangos ambicionales, pese a haber permanecido bastante tiempo en la oscuridad; firme, inflexible, magnánimo y duro, despiadado y generoso, según las ocasiones, pero vertebral en el acatamiento de los dictados de su conciencia y de su orgullo. Su adhesión a Bolívar es ejemplar, porque no fue obsecuencia, sino lealtad verdadera. Fue en el combate audaz hasta la temeridad, astuto y sagacísimo en la diplomacia, en política prudente y justiciero. El suyo no fue valor inconsciente, pues siempre el saldo de sangre y muerte de las batallas conturbó su corazón y le ensombreció el alma.

El ilustre cumanés tuvo no menos victorias en el amor que en la guerra. Sus andanzas dejaron detrás amoríos e hijos ilegítimos. Pero sobre todas sus enamoradas, prevaleció el amor que lo unió con la joven quiteña Mariana Carcelén y Larrea, aristócrata como él, y acaudalada, cuyo noviazgo se sostuvo en seis años de ausencias, vivo al rescoldo de las arduas campañas militares, vuelto añoranza por la distancia, hasta que Sucre regresó de Bolivia para fundar un hogar que duraría poco, predestinado a la desventura, pues el remanso de la vida doméstica le estaba negado al héroe de Pichincha y Ayacucho. No llegó a durar dos años su felicidad matrimonial, tronchada por el crimina: atentado de Berruecos, torva emboscada preparada por militares hostiles enemigos de su grandeza. Hasta su cuerpo sufrió un posterior sino trágico: enterrado a hurtadillas para evitar que lo profanasen, exhumáronle en secreto para llevarlo a la marquesita viuda, que en igual secreto le hizo sepultar en el convento del Carmen Bajo de Quito, donde al poco tiempo iría a reunírsele el cuerpecillo de Teresa, la única hija, muerta al caerse de un balcón, de tres o cuatro años apenas. Hoy el Mariscal descansa en la Catedral de Quito, donde está desde 1900, rescatado, después de setenta años, del olvido que fue rodeando sus despojos.

"¡Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel!", exclamó Bolívar, a quien le restaban pocos meses de vida, cuando supo la funesta noticia. El Libertador vio claro en el motivo del asesinato: "Yo no sé qué causa ha dado este general para que atenten contra su vida, cuando ha sido más liberal y generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío..."

En verdad, la gloria del mariscal venezolano igualaba casi a la suya; con vuelo poético Rumazo compara aquellas dos naturalezas heroicas con la majestad de sus propias montañas ecuatorianas, al relatar la hora vencedora de Pichincha: "El pueblo vitorea con delirio: Quito en la conciencia de todas sus gentes, cree en la libertad, endiosa a los libertadores; jamás acusará, ni discutirá siquiera, de entonces, hasta hoy, los augustos nombres de Bolívar y Sucre; los verá siempre grandes, en la majestuosidad del símil perfecto para los dos: el Chimborazo y el Pichincha: más colosal el primero, de mayores austeridades, triste y quemándose por dentro, el segundo."

El triunfo de la guerra y el triunfo del amor ciñeron por igual de laurel y de rosas, las sienes de ambos. Vivieron en el fragor de la batalla el sueño de la independencia americana. Fueron grandes y humanos en sus debilidades y sus yerros. Bolívar vio en el más joven, antes que nadie, los valores esenciales que aproximaban aquellos caracteres vehementes y combativos: "Es uno de los mejores oficiales del ejército. Por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechas sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día me rivalizará", escribió en cierta ocasión a O'Leary. Cuando en 1821 parten juntos, Bolívar y Sucre, hacia Bogotá, el segundo ya no volvería a su solar venezolano: "Su destino — comenta Rumazo — lo lleva a otras regiones, para encumbrarlo; empezará a ser una especie de extranjero de todos los días, sin raíces duraderas en punto alguno. Saberse sin arraigo significa siempre soledad".

Documentado, vibrante, vitalísimo, este reciente libro de Alfonso Rumazo González consagra la dignidad de una vida de estudio, de depuración y constancia en la tarea investigadora, que da frutos magníficos como el que comentamos. Una biografía ejemplar, sobre un héroe de América nacido en Venezuela pero hijo espiritual del Ecuador, trazada, como en reciprocidad, por la mano de un ecuatoriano radicado en Caracas, que vale la pena conocer.

Transcribamos, para concluir, las palabras con que se cierra la biografía de Sucre:

"En sitio de serenidad espiritual permanente — la iglesia catedral de Quito — reposan los despojos de Sucre, guardados en urna de piedra del Pichincha. Ahí se ha apaciguado el grito del crimen. Alzase, en cambio, y se exhibe, la estructura histórica de una existencia que fue magno servir a los humanos, al darles libertad y rumbo. Diariamente las voces del órgano hacen la loa del esforzado cumanés ante quien las generaciones van desfilando en acto de conmovida gratitud".

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Capitulación de Ayacucho (del boceto de Martín Tovar y Tovar). En esta batalla fue decisiva la habilidad militar de Sucre, cuyo triunfo ponía fin a las gestas emancipadoras de la América Meridional).

REVISION DE THOREAU



Retrato de Henry David Thoreau, por S. Wercester.

El resurgimiento de Henry David Thoreau fuera de Estados Unidos — y aún en su propio país — es cosa de estos últimos tiempos. Fallecido hace ya más de un siglo, Thoreau ha venido a conocer — como su doblemente coterránea Emily Dickinson, bastante posterior cronológicamente — una especie de descubrimiento o — si se prefiere — redescubrimiento. Podría asimismo compararse su caso — y aquí también hay que salvar las distancias — con el de Kierkegaard, quien luego de muchos lustros de silencio, conoció un clamoroso resurgimiento de su nombre y de su obra. En el caso de Thoreau, el clamor ha sido — a nuestro parecer — muy exagerado, queriendo atribuírsele valores que no posee. Hay, sin embargo, un motivo muy especial — y a él nos referiremos más adelante — para que se le mire con una admiración en la que va mezclada cierta dosis de nostalgia.

Se explica el vivísimo interés que en este siglo ha despertado el pensamiento de Kierkegaard. Se explica asimismo la devoción cada vez mayor que suscita la poesía de Emily Dickinson, quien hace más de un siglo escribió poemas dignos de uno de los mejores y más actuales de los autores de cualquier país de Occidente. Pero querer afirmar — como hacen algunos críticos y lectores — que Thoreau iguala — o supera — a Whitman o a Melville — para citar sólo a dos de sus contemporáneos — es exageración y arbitrariedad. Todo ello, sin dejar de reconocer que posee una individualidad interesante y viviente, digna de ser conocida y estudiada.

Henry David Thoreau nació en Concord, Estado de Massachussetts, en 1817. Concord, pese a ser una pequeña población, tiene suma importancia en la literatura del siglo pasado, ya que fue el centro del trascedentalismo, al cual pertenecían Thoreau y Emerson, su gran amigo. En términos mayores, es New England la que hasta más allá de la primera mitad del siglo pasado posee el cetro de la cultura estadunidense, hasta la irrupción de Whitman, de Irving y, más tarde, de Henry James, que no eran "new-englanders" si bien es posible que a James, pese a su nacimiento neoyorquino, deba incluírsele, por su sicología, entre los escritores de Nueva Inglaterra, con todos los rasgos diferenciales entre el autor de "Washington Square" y los Thoreau, Longfellow, Emerson, Greenleaf Wittier, Russell Lowell y demás (salvo Hawthorne, que influyó en los comienzos de James).

Como Whitman, Thoreau ejerció profesiones humildes y gustó de vagabundear por su patria (llegó asimismo a Canadá). A los veinte años se graduó en Harvard y regresó a Concord, ciudad que mucho quería y en la que había de morir. Escribió y publicó varios poemas, que algunas antologías gustan de recoger, pero en los que es demasiado evidente la presencia del pensador, anulando los valores puramente líricos. Y no es que Thoreau no fuera poeta: lo fue en su vida y en su prosa, más que en sus versos.

Sus colegas y amigos lo evocan como una figura rebelde y extravagante. Son muchas las anécdotas al respecto. Quizá la más significativa, la que lo retrata en una prisión — donde estuvo sólo un día — a la que lo visitó Emerson y le preguntó: —David, ¿por qué estás aquí? y Thoreau le respondió: —Y tú, ¿por qué no estás aquí? Y es que Thoreau había sido detenido por haberse negado a pagar ciertos impuestos en la época de la guerra de Estados Unidos contra México. Su negativa, pues, fue un gesto de protesta. También fue Thoreau un decidido antiesclavista, si bien su credo, en tal sentido, no quedó tan vinculado a su labor literaria como aconteció con otros contemporáneos y paisanos suyos, John Greenleaf Whittier, por ejemplo. De su noche pasada en la cárcel surgió un libro en su bibliografía: "Civil Disobedence". Pero a Thoreau se le recuerda, sobre todo, como autor de Walden que ha llegado a considerarse un clásico de las letras de su patria.

"Walden" refleja sus días en pleno contacto con la Naturaleza, en los bosques de dicha región, donde él mismo se construyó la cabaña y vivió en un ambiente de primitivismo, alejado de la civilización, de sus afanes, de sus luchas, de sus miserias y — ¿por qué no decirlo? — de sus grandezas, si bien es posible reconocer asimismo la grandeza — y mucha — de una existencia en pleno contacto con la naturaleza. El libro contiene muy sutiles y agudas observaciones de la región que le da título — y por extensión, de cierta zona típica del noreste de su patria — pero su esencia es falaz. Thoreau quiere demostrar que debemos alcanzar el más alto desarrollo espiritual, pero se olvida de los deberes sociales, del compromiso del hombre con la humanidad, de la necesidad y la belleza de la lucha cotidiana. Quiso demostrar que viviendo primitivamente, lejos de la civilización, el hombre puede ganarse el sustento y demás, con sólo un día de trabajo en la semana, porque no necesita las muchas cosas superfluas que la existencia civilizada nos acostumbra a pedir. No es difícil aceptar, en gran parte la verdad de su teoría, no es difícil tampoco llegar a la conclusión de que la vida civilizada — sobre todo en las ciudades, y más aún, en las grandes ciudades — nos crea una especie de vicio de cosas superfluas, nos va llenando de ambiciones y trabajos inútiles. Pero de ahí a querer un retorno a la vida primitiva y a la soledad en medio de la naturaleza, hay un abismo. Thoreau recuerda a Rousseau, y es evidente que estuvo influído por el autor de "Emile" y que viene a ser una especie de Rousseau de Nueva Inglaterra. El lector puede comprender que la parte del maestro francés que predomina en el solitario de Walden es, precisamente, la que el tiempo se ha encargado de dejar caduca.

Thoreau se jactaba de no comer carne, de no beber, de no fumar, de no cazar. Y, podríamos agregar — a juzgar por sus obras — de ser feliz esquivando la lucha por la vida. Mezcla, pues, virtudes con defectos. Realiza una combinación de cosas practicables con otras imposibles. Sus amigos tenían razón de encontrarlo extravagante. Falleció — víctima de la tuberculosis — en la primavera de 1862.

Además de Rousseau, los griegos ejercieron viva influencia en su temperamento. Thoreau es muy leído y disfrutado en la actualidad, sobre todo por ciertos lectores que se sienten abrumados por el peso de la vida moderna por el nerviosismo de las grandes urbes, en las que el tiempo rueda implacable y parece querer triturar al hombre. En tal sentido, sus páginas resultan agradables y tiene algo de oasis. Pero no es autor para trazar un plan de vida. A la postre, pese a cierto sabor rústico de su primitivismo y de su soledad en los bosques, la filosofía de este autor cae en el esteticismo.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Los alrededores de Concord (Mass) un día de nieve (según el famoso óleo de N. C. Wyeth.



Las cuevas del desierto de Judea, mirando desde lo alto al Mar Muerto, en donde los primeros manuscritos del período de Bar Kochba (132 - 135 d. C.) fueron encontrados incluyendo 14 documentos. Bar Kochba fue el heroico conductor de la revuelta judía contra el Imperio Romano.

RESTOS DE HOMBRE PREHISTORICO EN ISRAEL

No es de suponer que los investigadores del futuro deban recurrir, para estudiar al hombre de nuestros tiempos, a restos de comestibles o envases de alimentos en conserva. Los investigadores, en el porvenir, dispondrán de libros, revistas y otros implementos que distinguen al siglo XX. Mas para saber algo sobre el hombre prehistórico —que vivió hace un millón de años— la arqueología debe analizar los residuos del menú antiguo, que al parecer incluía vacunos, pescado, ciervos y también carne de elefante, caballo, rinoceronte, etc.

El análisis de los comestibles llevó a dos arqueólogos británicos a un notable descubrimiento en África. En sus excavaciones en Tanganyka hallaron restos de un hombre prehistórico que vivió aproximadamente hace 1:800.000 años. También en Israel se descubrieron restos de la misma época (aunque su edad no fue probada con igual exactitud científica) según se desprende de las palabras del jefe del Departamento de Arqueología Prehistórica de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Prof. Moshé Steckelis.

UTENSILIOS DE TRABAJO. — La arqueología prehistórica abarca un período de dos millones de años: se inicia con la aparición del hombre en calidad de tal y se prolonga hasta el descubrimiento de los metales y el arte de escribir, en el siglo IV antes de la era actual. Desde que empezó a valerse de la escritura, se sabe bastante sobre la vida del hombre. Sobre sus antepasados prehistóricos, en cambio, es muy poco lo que se conoce; de ahí los esfuerzos por dilucidar los enigmas de esos tiempos remotos. "El hombre —afirma el Prof. Steckelis— supo siempre crear utensilios de trabajo. Esa es nuestra base: cuando damos con vestigios de utensilios o con pruebas de que se les utilizó, sabemos que son restos de los seres humanos que nos interesan".

La búsqueda de civilizaciones remotas se realiza sobre todo en regiones donde hubo alguna vez agua: lagos, mares, fuentes, etc. La edad de un hallazgo arqueológico se determina por método químico o paleontológico. Los científicos que estudian al hombre prehistórico recurren al auxilio de los geólogos para saber de qué época se trata. El análisis químico puede indicar de qué edad es la roca que cubre o guarda restos humanos. La exactitud no es absoluta, pero con todo, el dato es bastante aproximado.

"BIFTEC" DE ELEFANTE Y RINOCERONTE. — Otro análisis se basa en restos de animales encontrados cerca de los restos humanos. Se supone que servían de alimento al hombre prehistórico. El profesor Steckelis sostiene que permiten adivinar qué comida "se servía a la mesa" en esos tiempos remotos. Los hombres prehistóricos no sólo disfrutaban al comer "biftec" de elefante o de rinoceronte, sino que utilizaban cubiertos filosos para partir los huesos y sorber su jugo. Fueron hallados, en efecto, muchos huesos "succionados".

Israel es uno de los dos principales centros de arqueología prehistórica en el mundo. El más importante está en Africa Meridional y Oriental, donde se hallaron restos petrificados de animales, hombres prehistóricos y utensilios de la época. Un miembro de la colonia comunal Afikim, en Israel, acondicionaba el suelo para plantar un viñedo, cuando la pala de la máquina excavadora tropezó con huesos muy raros. El campesino intuyó su importancia y los llevó a la Universidad Hebrea. Varios peritos inspeccionaron el terreno y comprobaron que guardaba abundantes vestigios prehistóricos. El Valle del Jordán —que alguna vez estuvo cubierto de agua— es un paraje donde sin duda hubo vida animada en la antigüedad. Desde 1960 los profesores Steckelis y G. Haz —junto con el profesor Leo Picard— dirigen las excavaciones en Tel Ovadia, en las inmediaciones de Afikim. Los primeros descubrimientos prueban que al hombre prehistórico no le faltaba apetito.



Cueva del Carmelo irradia luz sobre habitantes prehistóricos. Una gran cueva repleta de murciélagos, la más grande e importante de las descubiertas hasta el momento en Israel, ha permitido conocer hechos adicionales sobre la gente que habitó en este país hace unos cuarenta mil años.

ANALISIS RADIOACTIVO. — Es difícil identificar los restos prehistóricos hallados en Israel, pues los geólogos se ven en aprietos para determinar las capas geológicas distintas: en el Valle del Jordán —como en la Gran Depresión Sirioafricana que se extiende desde el norte de Siria hasta Kenya y Tanganyka— se produjo un colapso tremendo después del período prehistórico que confundió las capas terrestres.

La única posibilidad sería el análisis radioactivo, pero es muy costoso y todavía no se lo realiza en Israel. Por lo tanto sólo se procede a comparar los hallazgos con los de África, y en cierta medida son idénticos.

(Especial para EL DIA) *Uri SCHARF*



Vista general del Teatro Romano en Caesarea. Esta antigua capital romana en Palestina está siendo recuperada arqueológicamente por los investigadores de Israel y de otros países. El anfiteatro que muestra la foto es actualmente valioso centro de la vida cultural de Israel. Allí han dado conciertos afamados músicos contemporáneos, tales como Pablo Casals.

ARTE Y HUMORISMO DEL TALLISTA DUPIN



Máscara lograda con la talla de una raíz vegetal.

IGNOTA y perdida en las aguas limosas del pintoresco Hum, fue encontrada una añosa raíz, disforme y contorsionada, como rebelándose al forcejeo del oleaje, que pujando por desadherirla de su entrañable y barrancoso asidero isleño, renuncia a la lucha dejándola librada a su frágil prisión tentacular. Esta nimia incidencia del hallazgo de una raíz común, llevada por manos generosas el "atelier" de un tallista, troca el destino incierto del madero, por una efigie artística, que manos hábiles y mente lúcida son capaces de realizar la trasmutación.

No es muy apropiada la presentación del personaje que nos ocupamos, sino que es una manera de introducirnos al recinto de su labor, entrando por la "puerta grande" de la comprensión humana que se compendia en este hombre maravilloso y sin embargo, casi desconocido en los ambientes artísticos de nuestra metrópolis.

Pero el tallista es también un filósofo práctico y contumaz observador, como podrá apreciarse por algunas leyendas que lucen en su casa; donde forja sus obras se lee: "En este humilde y apacible rincón se vive brillantemente en la alegría del trabajo, en el recuerdo amable de personas y momentos que nos son gratos. ¡Bella es la vida cuando "bella" se sabe vivirla!"; en su sala exposición, alegóricamente pintada, se lee: "Aquí vive todo un pueblo que nació en la selva".

La primera impresión que se recibe al observar al profesor Luis Dupin, transitando por las calles de Mercedes, no revela otra cosa que una persona longeva, algo agobiada por sus 81 años, marchando siempre con el inseparable bastón, que maneja con elegancia. Pero al enfrentarse y establecer conversación con el personaje, éste se hiergue prestamente, fija en su interlocutor la mirada de sus ojos celestes y con voz cascada inicia el diálogo; entonces, recién se intuye que se está frente a una recia personalidad, de la que trasunta un espíritu alerta y una vigorosa imaginación.

Es un placer trabar amistad con este caballero, porque don Luis Dupin cabalmente lo es por linaje, por su vasta cultura y por el calificado prestigio que ha conquistado en la sociedad mercedaria, donde se le distingue, quiere y aprecia como a un hijo predilecto del terruño.

Y si la amistad, realizada al azar, nos lleva a visitar su casa, donde tiene instalado un minúsculo taller, ¡qué felices momentos de gozo espiritual nos esperan! Además, si somos pacientes y observadores obtendremos la justa recompensa al introducirnos en ese mundo maravilloso, oculto en el rústico laboratorio del tallista en maderas y raíces, que tal es la última vocación de don Luis; laboratorio que utiliza como refugio que le preserve contra el ocio "fatigante" del jubilado.

Dos horas, una quizás o menos de conversación sobre artes, costumbres, invenciones o ciencias, es suficiente para avivar la llama espiritual que enciende su fantástica imaginación y humorismo sin par. Una vez establecido y formalizado el diálogo en torno a su "hobbie", talla de maderas y raíces, es difícil apartarlo del tema, que conduce con jovial y permanente optimismo. En la plática que mantenemos, fluyen sus nostálgicos recuerdos de Francia, su país de origen; los Alpes, lugar que transcurrió su infancia, en contacto permanente con la aridez de una naturaleza frígida, contemplando las evoluciones de un diestro esquiador de 80 años: su padre.

Trasladado al Uruguay, ejerce el profesorado de francés, primeramente en la metrópolis y luego en Mercedes; es así que varias generaciones instruídas por él en este idioma, le recuerdan hoy con el afable cariño que supo granjearse durante su docencia.

Traspasado el dintel de la puerta de su casa, se recibe la primera impresión compulsiva y sorprendente: está a nuestro frente la talla de una máscara atormentada, con hirsuta cabellera, ojos de mirada hipnótica y luenga barba. Realización artística, estupenda y magnífica, lograda de un trozo de raíz.

Instalados en el taller, comienza la exhibición y autocrítica de sus obras. No menos de un centenar y medio, realizadas de cuarenta diferentes maderas y raíces se encuentran esparcidas en mesas, estantes y repisas, todas ellas protegidas del polvo por mantas de celofán transparente que, por medio de un dispositivo colgante ,se descubren al observador. Cada pieza desfila de su lugar de reposo a un taburete giratorio donde es examinada en sus mínimos detalles, explicando el tallista: procedencia, clase de madera o raíz, peso, dimensiones originales, tiempo de laboreo, herramientas y dificultades surgidas para plasmar en realidad la concepción figurativa, considerando especialmente el volumen y proporción del material, resistencia; barniz o policromía.

Este hombre excepcional, que empezó a trabajar en tallas en 1952 ya lleva realizadas 400 piezas, siendo su expresión artística más preferida la llamada realista, anecdótica o popular y que compone sus motivos desde lo más sagrado a lo más profano, que aún trabaja 7 u 8 horas diarias en sus tallas, parece no conocer la fatiga, como lo demuestra la leyenda inscripta en un letrero, en el dintel de su "atelier", que reza: "Con amor al trabajo, voluntad y perseverancia, la palabra **IMPOSIBLE** pierde su significado".

Alberto BERGALLI SOLARI

—Montevideo, enero de 1965.

(Especial para EL DIA)



India paraguaya, lograda con un madero de laurel negro.



El tallista Dupin, dando los últimos retoques a un madero de quebracho.



"La permanente". Moda de otras tierras obtenida de un madero de nogal.


EDGAR RICE BURROUGHS
TARZAN
ESTE INDIVIDUO DEBE SER UN HOMBRE DE LAS CAVERNAS O ALGO ASÍ.
PARECE NO TEMERLE AL GORILA.


CORAJE Y CONTROL DEL TEMOR LE SIRVEN A TARZÁN EN SUS BATALLAS CON LOS HABITANTES DE LA SELVA


Y ESTA NUEVAMENTE RESUENA CON EL GRITO DE VICTORIA DEL HOMBRE-MONO.
JOHN CELARDO
EEEEE


OYES, AL? GRITA COMO UN GORILA NUESTRO BENEFACTOR.
QUE HOMBRE EXTRAÑO!


AQUI ESTÁ! NO LUCE HERMOSA?
"MARAVILLOSA" ES MÁS APROPIADA PARA NUESTRA CANASTA DE GAS.
Tm. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
Copr. 1964 by United Feature Syndicate, Inc.


MIENTRAS LA POLICÍA PATRULLE LAS ADUANAS Y EL RIO, NOSOTROS VOLAREMOS POR AREAS INTRANSITADAS HACIA NUESTRO NEGOCIO.


PARECEMOS UN PAR DE ENTUSIASTAS DEPORTISTAS DISFRUTANDO DEL PAISAJE Y TOMANDO FOTOS DE ANIMALES!

verano-Sol... Solo en Soler

SoleREBAJAS!

en la sección tejidos más completa del país.



Seda estampada, muy indicada para vestidos prácticos. Ancho 0.90, el mt. $	19.50
Tusor de seda inarrugable, en variedad de colores. Ancho 0.90, el metro $	22.50
Foulard de seda estampado. Ancho 0.90, el metro $	27.50
Serginné estampada, una revelación de la moda francesa. Ancho 0.90, el mt. $	29.50
Sourah, la seda de vestir, en diseños exclusivos. Ancho 0.90, el metro $	29.50
Seda estampada en dibujos corbateros, ideal p/vestidos sport. Ancho 0.90, el mt. $	32.50
Sourah de regia calidad en diseños exclusivos. Ancho 0.90, el metro $	34.50
Antracitta, seda estampada de gran vestir. Ancho 0.90, el metro $	36.50
Seda rústica imprimé, un suceso de la moda. Ancho 0.90, el metro $	38.50
Polyester estampado, el tejido que se lava y no se plancha. Ancho 0.90, el metro $	39.50
Seda estampada tipo natural. Ancho 0.90, el metro $	44.50
Popelina Acrocel estampada. Ancho 0.90, el metro $	49.50

CASA MATRIZ: Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61
SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11
SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi Rio Branco - Tel. 9 40 59
SUC. UNION: Av. 8 de Octubre 3790/94 - Tel. 5 40 35
SUC. ARTIGAS: Av. José G. Artigas 558 - (Las Piedras)

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.